LAS TEORIAS DEL CASTRISMO

por

THEODORE DRAPER

CUADERNOS

18, Avenue de l'Opéra, Paris I^er^

(Sobretiro del n° 49, junio de 1961)

IGNACIO SILONE
Prólogo de
AMERICO GHIOLDI
...ORO TIEMPO
...IBERTAD DE LA CULTURA

14

THEODORE DRAPER

Las teorías del castrismo

¿Quién y qué es Fidel Castro? Tras los dos años que lleva en el poder, su personalidad sigue escapando tanto a sus defensores como a sus detractores. Hasta hace poco, el mismo Castro y sus más próximos colaboradores apenas se prestaban a cualquier definición. En los primeros meses de su régimen, el líder cubano solía hablar de « humanismo », que definía como « libertad con pan y sin terror », lo que casi no puede decirse que constituya un programa político o social. Pero tras utilizar durante algún tiempo esa fórmula, Castro renunció a ella en favor de otras aún más ambiguas. Cuando a él o a sus colaboradores se les preguntaba qué tipo de sociedad estaban construyendo o cómo se la debería denominar, solían contestar que ellos estaban construyendo « una realidad, no una teoría », o que lo que a ellos les interesaba eran « los hechos, no las palabras », o bien que su revolución era « específicamente cubana ». Castro sigue negándose a dejarse encuadrar dentro de una ideología más definida, con lo cual la cuestión sigue oficialmente planteada.

En un congreso de juventudes celebrado en La Habana en agosto de 1960, Ernesto « Che » Guevara, ministro de Industrias y hasta hace poco presidente del Banco Nacional de Cuba —cuyos billetes aparecen ahora firmados son su simple apodo « Che » —dio un paso importante con miras a proporcionar al régimen una ideología y un nombre. Como Guevara es una especie de eminencia gris ideológica del régimen castrista, en sus labios suele oírse hoy lo que Castro va a decir mañana. Pero bien, en aquella ocasión Ernesto Guevara dijo : « ¿Cuál es nuestra ideología? Si nos preguntara si nuestra revolución es comunista, yo la definiría como marxista. Nuestra revolución ha descubierto por sus propios métodos los caminos que Marx señaló. » En sus « Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana », publicadas el pasado mes de octubre en la revista *Verde Olivo*, Guevara escribió : « Los actores principales de esta revolución no poseían criterios teóricos coherentes ; pero no se puede decir que ignorasen los diversos conceptos de historia, sociedad, economía y revolución que hoy se están discutiendo en el mundo. » Y más adelante declaró : « Nosotros, revolucionarios prácticos, al iniciar nuestra propia lucha nos limitamos a cumplir las leyes previstas por Marx el científico. »

Estas declaraciones suscitan más preguntas intrigantes que las que pretenden contestar. ¿Quería decir Guevara que la ideología de la revolución cubana era « marxista », pero no « comunista »? ¿Y en el marxismo el « marxismo de los comunistas » u otro « marxismo » distinto? ¿Descubrieron realmente Fidel, Guevara y sus compañeros el marxismo como unos chicos brillantes, pero ingenuos que volvieran a descubrir la redondez de la tierra? ¿Podían las « leyes » de « Marx el científico », que no se han cumplido en ninguna otra parte, cumplirse en la isla de Cuba gracias a unos revolucionarios que no sabían lo que

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

14 (828-19 p.2)

estaban haciendo hasta que lo hubieron hecho?

Es evidente que la explicación de Guevara explica demasiado o demasiado poco. Pero Castro, Guevara y otros líderes cubanos han hablado mucho más libremente y con mayor alcance a unos pocos elegidos que se han convertido en sus intérpretes y apologistas extranjeros. De todos modos, a este grupo creciente de admiradores extranjeros no le ha resultado fácil la tarea, viéndose obligados a hilvanar muchas de las teorizaciones que los cubanos se negaban a declarar por sí mismos. Con el tiempo, todas las revoluciones han creado su propia mitología, pero en el caso de la cubana sus simpatizantes extranjeros, en lugar de recurrir a una mitología ya confeccionada y a punto, han tenido que formular una propia y particular. Cada uno de estos simpatizantes ha hecho su propia y característica aportación a esa mitología que, si no otra cosa, nos dice al menos lo que de Castro hacen quienes se sienten más cerca de él. La situación es sin duda extraña, pero es que la revolución cubana lo es ya de suyo bastante.

Los fabricantes de mitos

Uno de los mitos preferidos y de los primeros en formularse, ha sido el de la « revolución campesina » de Castro. Este mito hizo su aparición en los artículos escritos y en las entrevistas concedidas por los escritores franceses Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, que estuvieron en Cuba en marzo del pasado año. Tras realizar, como de costumbre, un corto viaje a través del país, viaje aderezado con largas conversaciones, Sartre escribió una serie de dieciséis artículos que se publicaron en el diario parisiense *France-Soir* (1). En uno de esos artículos contaba Sartre cómo había declarado a los cubanos que, al igual que los chinos, lo que ellos habían realizado era una « revolución campesina ». Según Sartre, los cubanos reaccionaron de diversa manera sobre este punto : los « barbudos » (es decir, los que habían luchado en la Sierra) se mostraron de acuerdo con él ; en cambio, los « no barbudos » (es decir, los que habían luchado en los movimientos de resistencia de las ciudades) sostuvieron que los campesinos se habían batido poco o mal y que la revolución había surgido en los centros urbanos.

Simone de Beauvoir dio una versión algo diferente del mismo tema en una entrevista publicada en el semanario francés *France-Observateur*. La escritora afirmaba en ese periódico que fue la pequeña burguesía la que inició la revolución en las ciudades, mientras que los campesinos se mantenían a la expectativa ; después se fueron uniendo poco a poco a ella, y los « intereses inmediatos » de la revolución victoriosa se convirtieron al cabo en los de la clase campesina, por todo lo cual, « a pesar de sus orígenes, a la revolución cubana se la puede considerar como una revolución campesina ».

De todos modos, donde la « revolución campesina » cubana hizo su aparición como teoría completa fue en el libro *Cuba, Anatomy of a Revolution*, de Leo Huberman y Paul M. Sweezy, directores de *Monthly Review*. Tras una estancia de tres semanas en Cuba, ambos se mostraban convencidos de que la revolución había triunfado porque los campesinos, como clase, se unieron a los rebeldes, « fundiéndose con el ejército revolucionario ». Fidel Castro se les figuraba a ambos autores « la encarnación de la voluntad y de la energía revolucionarias de los campesinos ». Por lo que respecta al tipo de sistema instaurado por esta revolución campesina, Huberman y Sweezy afirmaban sin vacilación : « La nueva Cuba es una Cuba socialista. »

Seis meses después, Huberman y Sweezy realizaron otra visita de tres semanas a Cuba. Por entonces el régimen de Castro ya había nacionalizado gran parte de la economía cubana. Este estado de cosas obligó a ambos observadores a rectificar su juicio anterior : la revolución cubana ya no era « esencialmente una revolución campesina » puesto que la clase obrera había terminado por ser arrastrada a ella. Castro no había llegado aún a calificarse a sí mismo de « marxista », pero los dos visitantes no dudaban en afirmar que, gracias a su « rica experiencia personal » y a su « espíritu agudo y fértil », el líder cubano había lle-

(1) Reproducidos en varias revistas sudamericanas. (N. de la R.)

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Americana

gado a una interpretación « inequívocamente marxista » en una forma que habría hecho que el mismo Marx se sintiera « orgulloso de reconocerle como discípulo suyo ». A pesar de la « modestia » de Castro, los dos visitantes oyeron hablar tanto de una Cuba socialista que en realidad estaba ya en un « lugar común », en contraste con la situación que encontraron en su primer viaje, durante el cual nadie había aludido a Cuba como país socialista y ni siquiera se citaba al socialismo como uno de los objetivos últimos de la revolución cubana.

De este modo, en la primavera de 1960 se abrió un nuevo camino hacia el socialismo : una revolución campesina dirigida por un representante de la clase media, hijo de un rico terrateniente. Y en el otoño de 1960 la realidad de una revolución socialista en Cuba era más firme que nunca al sumarse a ella la clase obrera (2).

Otros simpatizantes de Castro han ido aún más lejos. Paul Johnson, del *New Statesman*, tras una rápida ojeada sobre Cuba, afirma que Castro subió al poder gracias a una « revolución campesina », pero que gobierna apoyándose en una « auténtica dictadura del proletariado », la cual se expresa en el « gobierno » arbitrario de un solo hombre. Por su parte, el profesor norteamericano Samuel Schapiro, defensor de Castro, afirma en *New Republic* que « el núcleo fundamental de la revolución, es decir el programa de reforma agraria, es esencialmente marxista ». Y el profesor C. Wright Mills, de la Universidad de Columbia, ha reunido una antología de todo lo que Castro y sus colaboradores más próximos han dicho de sí mismos, al menos hasta agosto del año pasado.

El reciente libro del profesor Mills, *Listen, Yankee !*, es una obra a la vez considerablemente útil e irritante. Pretende ser « la voz de los revolucionarios cubanos », no la de su autor. Por las conversaciones que tuve en Cuba en abril de 1960, puedo dar fe que los líderes castristas se expresan aproximadamente en la misma forma que Mills les atribuye. (A veces las palabras recogidas en el libro son tan parecidas a las que yo he oído que se me figura reconocer el nombre de quien las pronunció.) En este sentido, Mills se ha convertido en vehículo de la más pura y directa propaganda, al contrario que los otros autores, que hablaron aproximadamente con las mismas personas, pero luego hicieron pasar como suyo propio lo que se les había dicho. Nadie me dijo nunca en Cuba « Escucha, Yanki » o « Yanki, esto » o « Yanki, lo otro », pero, aparte esta caprichosa licencia creo que los largos monólogos del libro de Mills son más o menos auténticos. El que quiera conocer con la máxima pureza la línea castrista debe acudir a esta obra.

De todos modos, Mills ha puesto al libro su propio nombre y en las últimas páginas declara su apoyo personal a la causa de Castro. Mills afirma que al lector le toca sentirse o no de acuerdo con lo que en el libro se dice, como si existiera un solo lector entre cien o mil lectores no cubanos que posea la necesaria experiencia de los hechos. El lector tiene derecho a esperar que el autor no se limite a prestar oídos a una sola de las partes y que un sociólogo sea capaz por lo menos de dar un informe razonablemente exacto de la estructura social del país. En conjunto el libro de Mills es al mismo tiempo justo e injusto, como toda propaganda unilateral, y si lo único que pretendía el autor era constituirse en un hombre de choque para la máquina propagandística de Castro, lo ha conseguido lucidamente. Pero ¿es esto todo lo que cabía esperar de un hombre como él?

Los cubanos de Mills —no sabe uno nunca donde acaban ellos y donde empieza él— no están completamente de acuerdo con Sweezy y con Huberman. En primer lugar Mills nos dice lo que la revolución cubana *no* fue. « No fue ni una lucha entre cam-

---

(2) En su libro, Huberman y Sweezy dedican menos de una página a la clase obrera, en comparación con las muchas páginas en que tratan de los campesinos, y dan a entender vagamente que la clase obrera apoyó la revolución con más fuerza antes de 1959 que actualmente. De todos modos, en otra parte del libro admiten que Castro encontró un « apoyo creciente entre los obreros de las ciudades » tras su elevación al poder. Y en el artículo publicado posteriormente en *Monthly Review* (diciembre de 1960), dan a entender el « atraso » peculiar de los trabajadores cubanos cuando afirman que « las nacionalizaciones últimas han arrastrado a la clase obrera dentro del proceso revolucionario ».

pesinos y terratenientes, ni entre asalariados y capitalistas, cubanos o yankis ; también fue una lucha directa de carácter nacionalista entre cubanos y extranjeros. » No fue tampoco « una revolución económicamente determinada, ni en sus orígenes ni en sus fuentes », ni una « revolución hecha por los sindicatos o asalariados de las ciudades, por los partidos proletarios o cualquier otra cosa por el estilo ». Entonces, ¿qué fue? Sus líderes eran « jóvenes intelectuales y estudiantes de la Universidad de La Habana » —se dice también de ellos que eran « unos cuantos estudiantes e intelectuales de la clase media »— que realizaron « un gran número de actividades de agitación antes de obtener los primeros frutos ». La revolución « comenzó realmente » cuando en uno de estos movimientos de agitación « un puñado de estos jóvenes intelectuales se aliaron con los campesinos ». Así, pues, la versión de Mills elude todo equívoco en torno a una supuesta « revolución campesina », poniendo simplemente de relieve el hecho de que las fuerzas decisivas durante el período insurreccional fueron los intelectuales y los campesinos, ejerciendo los primeros el mando absoluto. Evita también Mills la tontería de afirmar que fueron los obreros quienes hicieron la revolución. Dice que se unieron a ésta después de la victoria y que su « conciencia revolucionaria » sólo se despertó en los últimos meses. Sin embargo, en este punto la mitología se apodera también de Mills, el cual afirma que los obreros están sustituyendo a los campesinos como fuerza revolucionaria. Pero lo más absurdo es lo que Mills escribe sobre la clase media. Se admite por todos que el « puñado » original de líderes procedía exclusivamente de esta clase. Sin embargo, la mitología exige afirmar que « las clases medias apoyaron en general la revolución, al menos en una forma pasiva, durante el período insurreccional, aunque en cuanto clase era escaso su interés en que se hiciera ». Supongo que esto quiere decir que la mayor parte de los miembros de la clase media apoyaron pasivamente, o no apoyaron de ningún modo la revolución.

Mills ha recogido también una serie de declaraciones programáticas del grupo castrista. Declaraciones en las que una vez más se expresa su repugnancia a dejarse encuadrar en nada definido, pues un « sistema político » constituiría una traba para ellos, porque son muy pocos los que se preocupan de tal cosa o, finalmente, porque la ausencia de un sistema es a sus ojos una prueba de democracia. Pero este tema nos conduce como de la mano a otro que se enuncia así : « Nosotros mismos no sabemos cómo definir lo que estamos construyendo, lo cual no nos preocupa. Desde luego, se trata de socialismo de un cierto tipo. » O bien, sea cual sea el sistema, resulta que los cubanos lo descubrieron por sí mismos : « Si somos marxistas o izquierdistas (o comunistas, si ustedes quieren) en nuestra acción y en nuestro pensamiento revolucionarios, ello no se debe a ningún compromiso anterior de nuestra ideología, sino a nuestra propia acción. » Y en un pasaje posterior del libro, se nos presenta a la Cuba de Castro como « una dictadura *de, por* y *para* los campesinos y los obreros de Cuba » y como « una dictadura del pueblo ». Personalmente, Mills considera el régimen de Castro como « una dictadura revolucionaria de los campesinos y obreros de Cuba », en la cual un solo hombre posee « virtualmente un poder absoluto ».

Todas estas teorías de Sartre y Simone de Beauvoir, Huberman y Sweezy, Johnson y Schapiro, de los cubanos vistos por Mills y de Mills mismo, tienen una cosa común : que tratan de ocultar el hecho de que la revolución cubana fue esencialmente una revolución de la clase media que después se ha utilizado para destruir a esta misma clase media. Si no comprendemos esta aparente contradicción, poco sabremos lo que comprendamos de la Cuba de Castro como sistema social.

Terrorismo y contraterrorismo

PARA COMENZAR, hagamos la siguiente pregunta : ¿Qué hay de verdad en la supuesta « revolución campesina » de Castro?

Los 82 hombres que a las órdenes de Castro invadieron a Cuba desde México en diciembre de 1956 y los 12 que sobrevivieron a la lucha en la fragosa Sierra Maestra, en el extremo oriental de la isla, procedían en su totalidad de la clase media.

Castro mismo era su representante ideal : hijo de un rico terrateniente, universitario, abogado. Los guajiros de las montañas eran seres completamente extraños a la mayoría de esos hombres de origen burgués. Pero tenían éstos que ganarse la confianza de los campesinos para conseguir provisiones, protegerse contra los espías y soldados de Batista y agrupar nuevos reclutas. A medida que pasaron los meses, las relaciones entre los rebeldes y los campesinos fueron adquiriendo nuevo y más humano carácter. La tremenda pobreza, el analfabetismo, las enfermedades y el primitivismo de aquellos parias rurales aterró al puñado de antiguos estudiantes de la ciudad. De esta experiencia, en parte práctica y en parte emocional, nació la determinación de cambiar revolucionariamente la sociedad cubana mediante la elevación del sector más bajo y olvidado de la población a un nivel decoroso de bienestar y de dignidad humana.

Pero durante más de un año el grupo de combatientes de que Castro disponía fue tan pequeño que el líder cubano no esperaba poder expulsar a las fuerzas de Batista de las montañas (3). La victoria sólo podría conseguirse a través de un movimiento más amplio de resistencia en las ciudades, compuesto en su inmensa mayoría por gentes de la clase media. En este cálculo se basó la fracasada huelga general del 9 de abril de 1958 (4). El fracaso debióse a que la clase media no podía llevar adelante una huelga general. Sólo los obreros y los sindicatos podían realizarla y en aquella ocasión se negaron, fundándose en dos razones principales : por un lado, los obreros se las arreglaban lo suficientemente bien bajo el régimen de Batista como para no pensar en aventuras, y por otro los comunistas cubanos sabotearon deliberadamente la huelga porque no se les había consultado y no se había intentado llegar previamente a un acuerdo con ellos. Al no poder contar con el sindicato clave de los transportes, dominado por los comunistas, la huelga estaba condenada al fracaso. El Comité Nacional del Partido Comunista, que desde la última guerra llevaba el nombre de Partido Socialista Popular, hizo una declaración el 12 de abril de 1958, de la que he podido ver una copia, en la que se habla del fracaso del « llamamiento unilateral » a la huelga hecho en La Habana por el Movimiento 26 de Julio (5).

Según los testimonios recogidos por Mills, los hombres con que por entonces contaba Castro en las montañas eran unos 300. Cuatro meses después, en agosto de 1958, las dos columnas dirigidas por los comandantes Guevara y Cienfuegos, a las que se había confiado la misión de cortar la isla en dos partes (la mayor operación rebelde de toda la guerra), totalizaban, según Guevara, 220 hombres (6). A Sartre le dijeron que el número total de « barbudos » en toda Cuba desde el principio hasta el final fue sólo de 3.000. Las fuerzas de Castro fueron hasta el último día tan reducidas que apenas merece que se las llame ejército y menos aún « ejército campesino » ; y ni siquiera el aflujo de los últimos cuatro o cinco meses consiguió dar a las fuerzas castristas un carácter de masa. En todo caso, el carácter de un ejército depende de sus jefes y de sus cuadros, que en el caso del ejército cubano rebelde procedían exclusivamente de la clase media, y no de

---

(3) Castro ha descrito su situación casi desesperada de aislamiento en su carta del 31 de diciembre de 1957 dirigida al llamado Consejo de Liberación : « Para los que luchan contra un ejército incomparablemente superior en número y en armas, sin disponer durante todo un año de otro apoyo que el de la dignidad con que pelean por una causa que amamos sinceramente y el de la convicción de que merece la pena morir por ella, amargamente olvidados por nuestros compatriotas que, a pesar de disponer de todos los medios, sistemáticamente (por no decir criminalmente) nos han negado su ayuda... » El documento íntegro se incluye en *Fidel Castro* (1959), de Jules Dubois, hasta hoy la mejor fuente documental sobre la revolución cubana, aunque el autor ha repudiado posteriormente su tendencia procastrista.

(4) En el manifiesto lanzado por Castro el 12 de marzo de 1958 se dice : « ...la estrategia del golpe final debería basarse en la huelga general revolucionaria, secundada por la acción militar... ».

(5) « El llamamiento unilateral de huelga sin contar con el resto de la oposición ni con los propios obreros, hecho por la dirección del 26 de Julio en La Habana el pasado miércoles... » (Declaración del P.S.P., 12 de abril de 1958.)

(6) *Verde Olivo*, 8 de octubre de 1960.

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Americana

sus soldados. De otro modo, todos los ejércitos del mundo serían ejércitos de campesinos y de obreros.

¿Cómo pudo un grupo tan reducido « derrotar » al ejército de más de 40.000 hombres de Batista?

La respuesta es que en realidad las fuerzas castristas no derrotaron al ejército del dictador en el sentido militar del término; lo que consiguieron fue hacer que Batista se destruyera a sí mismo. Hasta la primavera de 1958, la vida continuaba en la mayor parte de Cuba como de costumbre. Pero el fracaso de la huelga de abril obligó a Castro a cambiar de táctica. Perdida la esperanza de un alzamiento colectivo, se lanzó a una guerra de guerrillas en gran escala : ataques con bombas, sabotajes, golpes de mano... Batista respondió al terrorismo con el contraterrorismo. El ejército y la policía secreta devolvieron los golpes ciega, indiscriminada y estúpidamente. Los estudiantes, acusados de ser los agitadores principales, fueron su blanco favorito. Para los jóvenes llegó a ser menos peligroso marcharse a las montañas que pasearse por las calles. La orgía de asesinatos, torturas y brutalidades provocó escalofríos de terror en todo el pueblo cubano, particularmente entre las familias de la clase media que contaban con estudiantes en su seno.

La reprobación universal que se manifestó durante los seis últimos meses del régimen de Batista alcanzó incluso a su propio ejército, incapacitándole para llevar adelante el ataque lanzado en mayo por el dictador contra los reductos de Castro. Como dice Mills en su libro, el ejército de Batista « se evaporó ». Los encuentros entre ambos bandos eran tan escasos y tan poco concluyentes que la abdicación de Batista le cogió a Castro por sorpresa. Pero el verdadero vencedor de la lucha no fue el « ejército campesino » de Castro, sino el pueblo cubano en su totalidad. Las mayores pérdidas hubo de sufrirlas el movimiento de resistencia de las ciudades, compuesto por gentes de la clase media, que segregaron los ácidos políticos y psicológicos que roían a las fuerzas de Batista. A Sartre le dijeron que el ejército y la policía de Batista dieron muerte a 1.000 barbudos en los últimos combates de las montañas y a 19.000 personas en el movimiento de resistencia de las ciudades.

En consecuencia, la táctica de guerrillas de Castro pretendía no tanto « derrotar » al enemigo como obligarle a perder la cabeza, a combatir el terrorismo con el contraterrorismo en la mayor escala que fuese dable, y a hacer la vida imposible al ciudadano ordinario. Esta táctica pueden perfectamente utilizarla unos cuantos centenares de rebeldes y hoy se está aplicando contra el gobierno democrático de Rómulo Betancourt en Venezuela. El mismo terror que Castro utilizó contra Batista se emplea hoy contra él. Y Castro ha respondido con el contraterrorismo, igual que hizo Batista en su día.

La tierra prometida

El período de la lucha por el poder nos va a servir también para responder a la pregunta : ¿Fue « traicionada » la revolución cubana? Evidentemente, la respuesta depende del tipo de revolución en que se piense : la revolución que Castro prometió antes de tomar el poder o la que ha llevado a cabo después de tomarlo.

Huberman y Sweezy han escrito : « Fidel había hecho sus promesas y estaba decidido a cumplirlas, fielmente y al pie de la letra. » Pero ni estos autores, ni Mills, ni Sartre nos dicen en ningún momento en qué consistían esas promesas. Este olvido constituye un elemento necesario de la mitología.

Por mi parte, he reunido un breve inventario de las promesas de carácter político y económico hechas por Castro desde el discurso que pronunció en su proceso de 1953 (« la historia me absolverá », declaró entonces desafiadoramente) hasta el final. Estas promesas resultan hoy tan molestas que algunos de los campeones literarios del castrismo han comenzado a reescribir la historia (¡sólo dos años después del final de la lucha!) mediante un proceso de selección que elude toda mención de semejantes promesas.

Promesas políticas. — En su discurso de 1953 Castro anunciaba que la primera ley revolucionaria sería el restablecimiento de la Constitución de 1940 y hacía alusión a

un « gobierno fruto de elección popular ».

El manifiesto lanzado por Castro en julio de 1957, su primera declaración política desde la Sierra Maestra, contenía una « promesa formal » de que se celebrarían elecciones generales en el plazo de un año y una « garantía absoluta » de que se respetarían las libertades de información y de prensa y todos los derechos individuales y políticos garantizados por la Constitución de 1940.

En su carta de 14 de diciembre de 1957 dirigida a los exiliados cubanos, Castro ponía de relieve el « deber primordial » del gobierno provisional que sucediera a Batista de celebrar elecciones generales y el derecho de los partidos políticos, incluso bajo el gobierno provisional, de presentar sus programas, organizarse y tomar parte en las elecciones.

En un artículo publicado en la revista *Coronet* en febrero de 1958, Castro hablaba de la lucha en pro de un « auténtico gobierno representativo », de elecciones generales « verdaderamente honradas » en el plazo de un año, de una libertad « completa y sin trabas » de información pública y de todos los medios de comunicación, y del restablecimiento de los derechos individuales y políticos reconocidos en la Constitución de 1940. Lo que resulta hoy más irónico es que Castro se defendiera contra la acusación de « conspirar para sustituir la dictadura militar por una dictadura revolucionaria ».

En sus respuestas a Jules Dubois en mayo de 1958, Castro prometió una « aplicación total » de la Constitución de 1940 y « un gobierno provisional de carácter completamente civil que devolverá el país a la normalidad y celebrará elecciones generales en un plazo de no más de un año ».

En su manifiesto de unidad de julio de 1958, Castro declaraba aceptar la misión de « guiar a nuestra nación, tras la caída del tirano, hacia la normalidad, mediante la constitución de un gobierno provisional de corta duración que llevará al país a procedimientos totalmente constitucionales y democráticos » (7).

Promesas económicas. — En su discurso de 1953, Castro sostenía la necesidad de un reparto de tierras a los pequeños plantadores y campesinos, con indemnización a los propietarios expropiados ; el derecho de los obreros a participar en los beneficios ; una mayor participación de todos los plantadores en la cosecha de caña de azúcar y la confiscación de todas las propiedades ilegalmente adquiridas. Su reforma agraria abogaba por el establecimiento de un límite máximo de extensión para las empresas agrícolas y por la distribución de la tierra restante a las familias campesinas ; se abogaba también la creación de « cooperativas agrícolas para la utilización en común de equipo costoso, de los depósitos frigoríficos y de una sola dirección técnica profesional para los cultivos y la ganadería ». Además en el discurso se afirmaba el propósito de nacionalizar las compañías eléctricas y telefónicas.

---

(7) Huberman y Sweezy tratan de las promesas de Castro anteriores a 1959 en una forma muy peculiar. En su libro se citan doce páginas y media del discurso de 1953, pero se omite el programa de cinco puntos en el que según Castro se basaba la revolución. Este programa comenzaba así : « La primera ley revolucionaria será devolver la soberanía al pueblo y proclamar la Constitución de 1940 como la auténtica ley suprema del Estado, hasta el momento en que el pueblo decida modificarla o cambiarla. » En los demás puntos se propugnaba la entrega de tierras a los pequeños plantadores y campesinos, con indemnización a los propietarios expropiados ; el derecho de los obreros a participar en los beneficios ; una mayor participación de todos los plantadores en la cosecha de caña de azúcar y la confiscación de todas las propiedades ilegalmente adquiridas.

Si bien en el discurso se incluyen otros puntos importantes, éste es el único programa minucioso que en él existe y resulta difícil comprender por qué se ha omitido. En idéntica forma tratan ambos autores el pacto de unidad de julio de 1958, en el que se contenían tres puntos : una estrategia común, la « vuelta a la normalidad » después de la guerra y « un programa gubernamental mínimo ». He reproducido íntegro el segundo punto del texto. Huberman y Sweezy citan un párrafo de ese pacto de unidad, en el que se pedía a Estados Unidos el cese de toda ayuda sobre todo militar, a Batista ; pero ignoran el programa de tres puntos, que podría haber proyectado una luz distinta respecto a las promesas de Castro.

Mills, por su parte, parece desconocer sencillamente todas las promesas hechas por Castro antes de su subida al poder.

El manifiesto de julio de 1957 definía la reforma agraria como un reparto de los eriales o tierras baldías, previa indemnización, y la conversión de los aparceros y de los colonos clandestinos en propietarios de las tierras que trabajaban.

En el artículo de *Coronet* (febrero del 58), se propugnaba una reforma agraria para dar a los campesinos un título indiscutible sobre la tierra, con una « justa compensación a los propietarios expropiados ». Se declaraba también que Castro no tenía ningún proyecto encaminado a expropiar o nacionalizar las inversiones extranjeras y que el líder de la revolución había dejado en suspenso un programa anterior para extender la propiedad del Estado a los servicios públicos. Sobre las nacionalizaciones Castro decía en el citado artículo :

« Personalmente he llegado a la conclusión de que, en el mejor de los casos, la nacionalización es un instrumento engorroso. No parece que haga más fuerte al Estado y, en cambio, debilita a la empresa privada. Y, lo que me parece aún más importante, todo intento de nacionalización total vendría manifiestamente a obstaculizar la realización del principal punto de nuestro programa económico : la industrialización lo más rápida posible. Por esta razón, las inversiones extranjeras serán siempre bien recibidas y gozarán de seguridad en nuestro país. »

En mayo de 1958 Castro aseguraba a su biógrafo Dubois :

« El Movimiento 26 de Julio no ha hablado nunca de socializar o nacionalizar las industrias. Esto no es más que miedo estúpido a nuestra revolución. Desde el primer día hemos proclamado que luchamos por la aplicación total de la Constitución de 1940, en cuyas normas se establecen garantías, derechos y obligaciones para todos los elementos que participan en la producción. Entre esos derechos figuran la libre empresa y las inversiones de capital, así como otros muchos derechos económicos, cívicos y políticos. »

El manifiesto de unidad de julio de 1958, escrito por Castro, declaraba simplemente :

« Un programa mínimo de gobierno que garantice el castigo de los culpables, los derechos de los trabajadores, el cumplimiento de los compromisos internacionales, el orden público, la paz y la libertad, así como el progreso económico, social y político del pueblo cubano. »

Tales fueron las promesas hechas por Fidel Castro. La casi unanimidad con que el pueblo cubano acogió la victoria de Castro en enero de 1959 fue el resultado no sólo de su heroica lucha y de su barba fascinante, sino también del consenso político que parecía encarnar. Este consenso tenía su origen en las desilusiones democráticas del período de 1944 a 1952 y en el despotismo de Batista entre 1952 y 1958. Había un acuerdo general en cuanto a que Cuba no podía volver a la corrupción de la democracia a que se había llegado en lo pasado y la clase media cubana estaba dispuesta a llevar a cabo profundas reformas sociales y políticas a fin de que en lo futuro resultara imposible otro Prío u otro Batista. Castro prometió restablecer la democracia cubana y asegurar su funcionamiento, pero no en la forma de democracia « directa » o « popular », sino en el espíritu de la Constitución de 1940, ya de por sí tan radical que buena parte de ella, especialmente en lo referente a la reforma agraria, nunca se llevó a la práctica.

Por lo demás, es increíble que Castro hubiera podido subir al poder si el pueblo cubano hubiese tenido la más ligera idea de lo que se le preparaba : es decir, un completo control gubernativo sobre la prensa y demás medios de comunicación, la ridiculización de las elecciones, la confiscación y socialización completas, la instauración de « cooperativas » que, como reconocen Huberman y Sweezy, no son más que « explotaciones de Estado », o el establecimiento de una dictadura de cualquier tipo que fuese, incluída la del proletariado. Y fue precisamente el tipo de promesas hechas por Castro lo que le permitió conseguir el apoyo de la inmensa mayoría de la clase media y de las demás clases cubanas. Una « revolución campesina » hubiera tenido una expresión completamente distinta.

Por ello, lo menos que puede decirse es que Castro prometió un tipo de revolución, pero realizó otro distinto. Así, la revolución prometida por Castro fue indiscutiblemente traicionada.

Estructura social : realidad y fantasía

La mitología castrista tiende a tergiversar no sólo la naturaleza original de su revolución sino también el carácter de la sociedad cubana.

Huberman y Sweezy dedican muchas páginas de su libro a los campesinos ; en cambio, sólo un párrafo a los obreros y casi nada a la clase media. Por su parte, Mills no parece preguntarse nunca quiénes son los cubanos que hablan por su intermedio. A juzgar por la lista que nos presenta de los cubanos que con él hablaron, no hubo entre ellos un solo obrero o campesino. Sus informantes eran sin excepción intelectuales de la clase media y profesionales con cargos públicos. A veces Mills les hace hablar en su propio nombre (de ellos) ; pero lo más frecuente es que se hagan pasar por los más pobres y míseros entre los campesinos cubanos. Dicen, por ejemplo : « Nosotros vivíamos acurrucados en nuestras inmundas chozas a la vera del camino », como si ellos fueran realmente ese « nosotros » y como si esa situación fuese característica de todos los cubanos. El lector medio podría pensar que Cuba no era más que « un lugar de miseria y suciedad, de analfabetismo, explotación y pereza ». Quizá esto sea un triunfo de la propaganda, pero en todo caso es un disfraz de la sociología.

Ciertamente, la Cuba anterior a Castro era un país con graves problemas sociales, pero estaba lejos de ser un país campesino o incluso un país típicamente « subdesarrollado ». Su población era más urbana que rural : el 57 % vivía en las zonas urbanas y el 43 % en las rurales, con una fuerte tendencia a aumentar en las primeras. (Estos son datos extraídos de la *Geografía de Cuba* escrita por Antonio Núñez Jiménez, actual director del INRA.) Aquellos cuya subsistencia dependía de la agricultura constituían aproximadamente el 40 % de la población y más de la cuarta parte de ese 40 % estaban clasificados en la categoría de agricultores y rancheros. (En 1954, la renta nacional se dividía del siguiente modo : la industria azucarera, en su aspecto agrícola e industrial, el 25 % ; otros cultivos agrícolas, el 13 % ; varias industrias y el comercio, el 40 % ; el resto, el 21 %.)

El nivel de vida, bajo si se le compara con el de Estados Unidos y Europa occidental, resulta alto en comparación con el de América Latina. Sólo tres países, Venezuela, Argentina y Chile, superaban a Cuba en cuanto a renta per capita ; la de Cuba era casi tan alta como la de Italia y mucho más alta que la del Japón. Cuba ocupaba el quinto lugar entre los países latinoamericanos por lo que se refiere a la industria manufacturera, detrás del Brasil, Argentina, México y Chile. Cuba poseía un automóvil por cada 39 habitantes (Argentina por cada 60 ; México, por cada 91 ; Brasil por cada 158) y una radio por cada cinco (detrás de Argentina, con una radio por cada tres personas). Los turistas cubanos podían gastar en Estados Unidos más de lo que los turistas norteamericanos en Cuba. Tras la segunda guerra mundial, los intereses cubanos eran lo suficientemente fuertes como para poder comprar una parte substancial de la producción azucarera propiedad de Estados Unidos, que descendió de un 70 u 80 % en su punto culminante, alcanzado en los años 30, a un 35 % en 1958. Un estímulo gubernamental en favor de la « cubanización » habría reducido fácilmente esta cifra a la mitad en corto plazo bajo un régimen democrático postbatistiano.

No intento dar a entender que la economía cubana fuese sana. Por el contrario, se hallaba en una situación precaria de dependencia respecto a las fluctuaciones de una sola cosecha, la de azúcar, que representaba más del 80 % de las exportaciones cubanas y empleaba casi medio millón de trabajadores durante sólo tres o cuatro meses al año. Como demuestran los índices de analfabetismo —41,7 % en las zonas rurales y 11,6 % en las urbanas—, el desarrollo social de Cuba se hallaba en una situación de grave desequilibrio en favor de las ciudades y la cruzada de Castro en pro de los campesinos constituye una justa compensación de la inveterada indiferencia de parte de las clases superior y media en lo que respecta a los trabajadores del campo.

Pero reconocer esto no es lo mismo que suponer —como Mills— que Cuba no era más que un país de campesinos arrasados, analfabetos, enfermizos y muertos de hambre. Cuando Mills escribe, reproduciendo

Estructura social : realidad y fantasía

La mitología castrista tiende a tergiversar no sólo la naturaleza original de su revolución sino también el carácter de la sociedad cubana.

Huberman y Sweezy dedican muchas páginas de su libro a los campesinos ; en cambio, sólo un párrafo a los obreros y casi nada a la clase media. Por su parte, Mills no parece preguntarse nunca quiénes son los cubanos que hablan por su intermedio. A juzgar por la lista que nos presenta de los cubanos que con él hablaron, no hubo entre ellos un solo obrero o campesino. Sus informantes eran sin excepción intelectuales de la clase media y profesionales con cargos públicos. A veces Mills les hace hablar en su propio nombre (de ellos) ; pero lo más frecuente es que se hagan pasar por los más pobres y míseros entre los campesinos cubanos. Dicen, por ejemplo : « Nosotros vivíamos acurrucados en nuestras inmundas chozas a la vera del camino », como si ellos fueran realmente ese « nosotros » y como si esa situación fuese característica de todos los cubanos. El lector medio podría pensar que Cuba no era más que « un lugar de miseria y suciedad, de analfabetismo, explotación y pereza ». Quizá esto sea un triunfo de la propaganda, pero en todo caso es un disfraz de la sociología.

Ciertamente, la Cuba anterior a Castro era un país con graves problemas sociales, pero estaba lejos de ser un país campesino o incluso un país típicamente « subdesarrollado ». Su población era más urbana que rural : el 57 % vivía en las zonas urbanas y el 43 % en las rurales, con una fuerte tendencia a aumentar en las primeras. (Estos son datos extraídos de la *Geografía de Cuba* escrita por Antonio Núñez Jiménez, actual director del INRA.) Aquellos cuya subsistencia dependía de la agricultura constituían aproximadamente el 40 % de la población y más de la cuarta parte de ese 40 % estaban clasificados en la categoría de agricultores y rancheros. (En 1954, la renta nacional se dividía del siguiente modo : la industria azucarera, en su aspecto agrícola e industrial, el 25 % ; otros cultivos agrícolas, el 13 % ; varias industrias y el comercio, el 40 % ; el resto, el 21 %.)

El nivel de vida, bajo si se le compara con el de Estados Unidos y Europa occidental, resulta alto en comparación con el de América Latina. Sólo tres países, Venezuela, Argentina y Chile, superaban a Cuba en cuanto a renta per capita ; la de Cuba era casi tan alta como la de Italia y mucho más alta que la del Japón. Cuba ocupaba el quinto lugar entre los países latinoamericanos por lo que se refiere a la industria manufacturera, detrás del Brasil, Argentina, México y Chile. Cuba poseía un automóvil por cada 39 habitantes (Argentina por cada 60 ; México, por cada 91 ; Brasil por cada 158) y una radio por cada cinco (detrás de Argentina, con una radio por cada tres personas). Los turistas cubanos podían gastar en Estados Unidos más de lo que los turistas norteamericanos en Cuba. Tras la segunda guerra mundial, los intereses cubanos eran lo suficientemente fuertes como para poder comprar una parte substancial de la producción azucarera propiedad de Estados Unidos, que descendió de un 70 u 80 % en su punto culminante, alcanzado en los años 30, a un 35 % en 1958. Un estímulo gubernamental en favor de la « cubanización » habría reducido fácilmente esta cifra a la mitad en corto plazo bajo un régimen democrático postbatistiano.

No intento dar a entender que la economía cubana fuese sana. Por el contrario, se hallaba en una situación precaria de dependencia respecto a las fluctuaciones de una sola cosecha, la de azúcar, que representaba más del 80 % de las exportaciones cubanas y empleaba casi medio millón de trabajadores durante sólo tres o cuatro meses al año. Como demuestran los índices de analfabetismo —41,7 % en las zonas rurales y 11,6 % en las urbanas—, el desarrollo social de Cuba se hallaba en una situación de grave desequilibrio en favor de las ciudades, y la cruzada de Castro en pro de los campesinos constituye una justa compensación de la inveterada indiferencia de parte de las clases superior y media en lo que respecta a los trabajadores del campo.

Pero reconocer esto no es lo mismo que suponer —como Mills— que Cuba no era más que un país de campesinos atrasados, analfabetos, enfermizos y muertos de hambre. Cuando Mills escribe, reproduciendo

palabras que escuché de algunos cubanos : « Habíamos español, vivimos casi siempre en el campo y somos pobres », el primer término de la frase es exacto, el segundo es falso, como sería fácil demostrar, y el tercero es en parte verdadero. Probablemente, Cuba era el país de América Latina con una clase media más desarrollada y numerosa.

Realmente, esta mitología en torno a la estructura social cubana convierte en inexplicable la victoria de Castro. Si un « puñado » de « estudiantes e intelectuales » de la clase media hubieran contado únicamente con el apoyo activo de unos cuantos centenares o, como máximo, de unos miles de campesinos, descartando completamente incluso a la clase obrera y a la clase media —como sostiene Mills—, al régimen de Batista no se le habría derrocado nunca. Fue la deserción de la clase media —en la que se fundaba el poder de Batista— lo que hizo que su régimen se desintegrase desde dentro y que su ejército se evaporase.

Eclipse de un movimiento

La « traición » de la revolución cubana por parte de Castro ha adoptado además otra forma.

Cuando se produjo la caída de Batista, entraron en competición dos movimientos distintos : el castrista Movimiento 26 de Julio (así llamado por la fecha de su primera tentativa fracasada de 1953) y el Partido Comunista (el llamado Partido Socialista Popular). El primero parecía disfrutar de una superioridad aplastante. En su primera alocución, en su calidad de jefe victorioso de la revolución, pronunciada en el Campo de la Libertad, Castro habló de la simpatía popular y del apoyo casi unánime de la juventud cubana que asistía al Movimiento 26 de Julio, y en su argumentación parecía descartarse la necesidad de cualquier otro movimiento.

Pero al Movimiento 26 de Julio le esperaba un destino diferente, que se manifestó pronto. Las razones que de ello da Simone de Beauvoir resultan muy significativas :

« El Movimiento 26 de Julio, del que ha surgido la revolución, tenía un aparato, pero un aparato pequeño burgués, el cual no pudo seguir a la revolución en las medidas radicales que se han venido produciendo desde la toma del poder ; ese aparato no era capaz de adaptarse a la marcha progresiva de la reforma agraria. Por eso se prescindió de él. »

Simone de Beauvoir nos ofrece esta explicación sin preocuparse lo más mínimo de si hubo algo incorrecto o injusto en este procedimiento. Pero, aparte esta justificación de la decisión de Castro de destruir su propio movimiento, la escritora francesa viene a confirmar el carácter de clase media del mismo y las razones políticas que Castro tenía para condenarlo a una existencia puramente nominal, es decir la diferencia existente entre la revolución que el Movimiento representaba y la suya propia.

Hasta hace no mucho tiempo, el mayor honor en la Cuba de Castro era pertenecer al Ejército rebelde. Este ejército era la base principal del régimen de Castro ; los hombres que lo componían gobernaban el país a través de organizaciones en apariencia civiles, tales como el Instituto de Reforma Agraria, o INRA. Cuando Huberman y Sweezy hicieron su primera visita a Cuba en marzo de 1960, afirmaron que « desde el 1 de enero de 1959 hasta ahora el poder real ha estado siempre en manos del ejército revolucionario, alimentado por una clase social tan radical como la más radical que exista en el mundo de hoy », es decir los campesinos cubanos. Pero en la segunda visita que hicieron seis meses después, ambos autores observaron el « (relativo) eclipse » del Ejército rebelde y el crecimiento, oficialmente alentado, de unas milicias aún informes. Efectivamente, en el artículo que publicaron en diciembre de 1960, ya no se refieren a un Ejército rebelde ; las fuerzas armadas castristas se habían convertido en el « ejército regular ». En lugar de los « auténticos y notables lazos de solidaridad, confianza y comprensión » existentes entre Castro y el ejército en la época en que escribieron su libro, Huberman y Sweezy daban a entender que ese ejército se había convertido en una fuerza contrarrevolucionaria potencial, según el tipo de los « ejércitos permanentes » de América Latina. En otro tiempo, el carácter campesino del Ejército

palabras que escuchó de algunos cubanos : « Hablamos español, vivimos casi siempre en el campo y somos pobres », el primer miembro de la frase es exacto, el segundo es falso, como sería fácil demostrar, y el tercero es en parte verdadero. Probablemente, Cuba era el país de América Latina con una clase media más desarrollada y numerosa.

Realmente, esta mitología en torno a la estructura social cubana convierte en inexplicable la victoria de Castro. Si un « puñado » de « estudiantes e intelectuales » de la clase media hubieran contado únicamente con el apoyo activo de unos cuantos centenares o, como máximo, de unos miles de campesinos, descartando completamente incluso a la clase obrera y a la clase media —como sostiene Mills—, al régimen de Batista no se le habría derrocado nunca. Fue la deserción de la clase media —en la que se fundaba el poder de Batista— lo que hizo que su régimen se desintegrase desde dentro y que su ejército se evaporase.

Eclipse de un movimiento

La « traición » de la revolución cubana por parte de Castro ha adoptado además otra forma.

Cuando se produjo la caída de Batista, entraron en competición dos movimientos distintos : el castrista Movimiento 26 de Julio (así llamado por la fecha de su primera tentativa fracasada de 1953) y el Partido Comunista (el llamado Partido Socialista Popular). El primero parecía disfrutar de una superioridad aplastante. En su primera alocución, en su calidad de jefe victorioso de la revolución, pronunciada en el Campo de la Libertad, Castro habló de la simpatía popular y del apoyo casi unánime de la juventud cubana que asistía al Movimiento 26 de Julio, y en su argumentación parecía desprenderse la necesidad de cualquier otro movimiento.

Pero al Movimiento 26 de Julio le esperaba un destino diferente, que se manifestó pronto. Las razones que de ello da Simone de Beauvoir resultan muy significativas :

« El Movimiento 26 de Julio, del que ha surgido la revolución, tenía un aparato, pero un aparato pequeño burgués, el cual no pudo seguir a la revolución en las medidas radicales que se han venido produciendo desde la toma del poder ; ese aparato no era capaz de adaptarse a la marcha progresiva de la reforma agraria. Por eso se prescindió de él. »

Simone de Beauvoir nos ofrece esta explicación sin preocuparse lo más mínimo de si hubo algo incorrecto o injusto en este procedimiento. Pero, aparte esta justificación de la decisión de Castro de destruir su propio movimiento, la escritora francesa viene a confirmar el carácter de clase media del mismo y las razones políticas que Castro tenía para condenarlo a una existencia puramente nominal, es decir la diferencia existente entre la revolución que el Movimiento representaba y la suya propia.

Hasta hace no mucho tiempo, el mayor honor en la Cuba de Castro era pertenecer al Ejército rebelde. Este ejército era la base principal del régimen de Castro ; los hombres que lo componían gobernaban el país a través de organizaciones en apariencia civiles, tales como el Instituto de Reforma Agraria, o INRA. Cuando Huberman y Sweezy hicieron su primera visita a Cuba en marzo de 1960, afirmaron que « desde el 1 de enero de 1959 hasta ahora el poder real ha estado siempre en manos del ejército revolucionario, alimentado por una clase social tan radical como la más radical que exista en el mundo de hoy », es decir los campesinos cubanos. Pero en la segunda visita que hicieron seis meses después, ambos autores observaron el « (relativo) eclipse » del Ejército rebelde y el crecimiento, oficialmente alentado, de unas milicias aún informes. Efectivamente, en el artículo que publicaron en diciembre de 1960, ya no se refieren a un Ejército rebelde ; las fuerzas armadas castristas se habían convertido en el « ejército regular ». En lugar de los « auténticos y notables lazos de solidaridad, confianza y comprensión » existentes entre Castro y el ejército en la época en que escribieron su libro, Huberman y Sweezy daban a entender que ese ejército se había convertido en una fuerza contrarrevolucionaria potencial, según el tipo de los « ejércitos permanentes » de América Latina. En otro tiempo, el carácter campesino del Ejército

rebelde había constituído su mayor título de gloria ; en cambio, ese carácter aparecía ahora como un grave inconveniente. *Bohemia Libre*, edición publicada en el exilio de la revista más conocida de Cuba, ha llegado incluso a decir en uno de sus editoriales que el Ejército rebelde « ya no existe ».

En todo caso, ha seguido el mismo camino que el Movimiento 26 de Julio.

La suerte de David Salvador, el conocido líder obrero del Movimiento 26 de Julio, confirma esta tesis. Antes de la caída de Batista, Salvador representaba al grupo clandestino « Unidad obrera » y era el coordinador de la resistencia dentro de la clase trabajadora. En una época en que el Partido Comunista se oponía a Castro considerándole como un « putschista », Salvador creía en él ; y en los últimos meses del régimen de Batista fue a la cárcel a causa de sus actividades clandestinas. Tras la victoria, asumió Salvador la dirección del sindicalismo cubano en nombre del Movimiento 26 de Julio, trabajando como secretario general de la Confederación de Trabajadores. Sin embargo, en el congreso nacional celebrado por esta organización en noviembre de 1959, la fortuna cambió súbitamente para Salvador. El Movimiento 26 de Julio consiguió una victoria aplastante sobre los comunistas y Salvador fue elegido para el puesto supremo de la Confederación. Pero Fidel Castro se presentó inesperadamente en el congreso, censuró a los delegados por « no haber dado pruebas de prudencia ni de unidad ni de nada » y pidió la instalación de un triunvirato a la cabeza de la Confederación, incluyendo en él al candidato comunista, Jesús Soto. La autoridad real pasó pronto a manos de Soto, mientras el órgano oficial del Partido comunista, *Hoy*, atacaba abiertamente a Salvador por su « extraña actitud ».

A principios de noviembre, fue detenido Salvador cuando intentaba escapar de Cuba con su familia en una lancha y de nuevo fue a parar a la cárcel, esta vez por orden del sucesor de Batista, Fidel Castro.

Los sindicatos han perdido incluso el poder de negociación de que disponían en tiempos de Batista, convirtiéndose en dependencias propagandísticas del Ministerio de Trabajo, que es donde se toman todas las decisiones en materia de salarios y de condiciones laborales, al estilo soviético.

¿Qué significa todo esto? En su propio Movimiento 26 de Julio, en el Ejército rebelde y en el movimiento obrero, Castro se ha desembarazado precisamente de todos aquellos que le ayudaron en su lucha por el poder. Castro ha actuado así, como nos da a entender Simone de Beauvoir, porque sus partidarios suyos esperaban una revolución distinta de la que el líder cubano está realizando. El Movimiento 26 de Julio fue criticado antes que nada porque era el embrión de un partido político. Ese movimiento podía convertirse en un partido completo y orgánico o bien en una cáscara vacía. El Ejército rebelde, por su parte, no se había recobrado del choque que en él produjo la persecución a que Castro sometió a uno de sus primeros y más próximos compañeros de armas, el comandante Huber Matos, que fue condenado a veinte años de prisión por haber protestado contra el favoritismo de que disfrutaban los comunistas en el ejército. (Como dice Mills en su libro, « este fue el golpe más duro ».)

Las « actuales asambleas de masa » y las informes milicias responden mejor a los propósitos de Castro porque son impersonales y anónimas. Los individuos que participan en los espectáculos callejeros mantienen una relación directa sólo con Castro personalmente, no unos con otros. Las manifestaciones castristas son tan « democráticas » como las concentraciones hitlerianas en Nuremberg o los discursos a las multitudes pronunciados por Mussolini desde el balcón de la plaza de Venecia.

El Movimiento 26 de Julio y el Ejército rebelde eran algo más que una simple emanación personal de Castro ; sus miembros se sentían unidos por una causa en pro de la cual habían luchado y se habían sacrificado juntos. Esa causa surgió en una época anterior a la implantación del régimen de Castro y de una revolución emprendida contra la autocracia. El hecho de que Castro no pudiera convivir con el Movimiento 26 de Julio y con el Ejército rebelde no puede dejar de recordar vivamente la necesidad en que se vio Stalin de suprimir a los viejos bolcheviques.

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Americana

Los dos revoluciones

Una gaseosa caliente le sirvió a Jean-Paul Sartre para comprender la naturaleza de la « democracia » de Castro.

El escritor francés nos cuenta que un día Castro les invitó a él y a Simone de Beauvoir a realizar un « viaje de inspección » a la playa de Varadero. El grupo de excursionistas se detuvo en un pequeño aguaducho y Castro les ofreció un refresco. El líder cubano comenzó a beber el suyo, dejó luego el vaso y dijo en voz alta : « Está caliente. » Entonces se entabló el siguiente diálogo :

— ¿No tienen ustedes refrigeradores? —preguntó Castro—.

— Sí que los tenemos —dijo la camarera—. Pero no funcionan.

— ¿Ha informado usted a su superior?

— Sí, la semana pasada. Y no es mucho trabajo que se necesita para repararlos —añadió ella en tono familiar—. Un electricista podría hacerlo en un par de horas.

— ¿Y no han mandado a nadie para hacer la reparación?

La camarera se encogió de hombros :

— Ya sabe usted como son las cosas.

Y Sartre comenta la escena del siguiente modo :

« Fue entonces cuando comprendí por primera vez —todavía un poco vagamente— lo que el otro día llamaba democracia directa. Entre Castro y la camarera se había establecido una connivencia inmediata y secreta... ».

Pero Castro aún no estaba satisfecho. Sartre nos cuenta cómo el líder cubano insistió en inspeccionar el refrigerador culpable y cómo trató de arreglarlo él mismo. Al final, Castro se volvió hacia la joven camarera y murmuró :

— Diga a sus superiores que si no se ocupan en sus problemas, los tendrán conmigo.

Leyendo esto se queda uno perplejo. ¿Es posible que esta trivial y un poco embarazosa escena sirviera para convencer al mundialmente famoso filósofo francés de que la Cuba de Castro es, no un tipo ordinario de democracia, sino una... « democracia directa »? Involuntariamente vuelven a mi memoria ciertas experiencias de mi estancia en la República Dominicana hace unos cuantos años. Allí también al líder máximo, que prefiere se le llame « El Jefe », le gustaba visitar sus dominios, ver a sus súbditos personalmente y resolver los problemas sobre el terreno (8). Con consternación pude comprobar que desde un punto de vista puramente material había mucho que decir en favor del régimen de Trujillo, que los campesinos le veneraban, que podría haber ganado unas elecciones libres con una mayoría tan aplastante como en unas elecciones amañadas y que los únicos que parecían inquietos eran unos cuantos intelectuales y otras personas de carácter complejo pertenecientes a la clase media. Era fácil imaginar la misma escena interpretada por « El Jefe », la joven camarera, la gaseosa caliente y el refrigerador que se negaba a funcionar, con la única diferencia de que, habiendo dispuesto de más tiempo, el primero no hubiera ya permitido en ningún caso que la gaseosa estuviera caliente. Pero mi mayor sorpresa fue un día en que entablé una discusión filosófica con un importante funcionario del régimen y, al preguntarle cual era el nombre de aquel sistema único del Jefe, me respondió grave y cortésmente que se trataba de una « neodemocracia ». La ira debió subírseme al rostro. ¡No podían dejar en paz a la democracia! Si el generalísimo Trujillo era el líder de una democracia, aunque a ésta se la diera el título de « neodemocracia », entonces ¿quién no lo era?

En el fondo, estas « neodemocracias » y « democracias directas » se apoyan en la sencilla proposición siguiente : que el líder y su pueblo son uno e indivisibles. De ahí que no necesiten instituciones representativas, ni elecciones, ni ninguna oposición leal o desleal, ni una prensa libre o parcialmente crítica, ni ninguno de los derechos y garantías que tradicionalmente van asociados con la democracia.

Lo horrible de este modo de pensar es que elimina completamente las lecciones que nos han enseñado las experiencias más desespe-

---

(8) Otro de los títulos de Castro es el de « Jefe de la Revolución », título que aparece en la página primera del principal diario semioficial. *Revolución*, número del 16 de diciembre de 1960. En ese mismo número se le aplica dos veces el título de « líder máximo ».

radas y trágicas de nuestra época. Si hay algo que deberíamos haber suprimido de nuestra conciencia, es el terrible mal que supone el déspota popular, el dictador amado el líder de masas. La comparación que Sartre imaginaba entre Castro y la camarera existía entre Hitler y un amplio sector del pueblo alemán y entre Trujillo y una porción aún más grande del pueblo dominicano. Más horrible es todavía el hecho de que, con la enorme maquinaria de la propaganda moderna a su disposición, los líderes pueden fabricar una razonable apariencia de consenso popular, aunque en sus comienzos no cuenten con él. (¿Hay que recordarle a Sartre, a estas horas, tan terribles lecciones? ¿Habría podido él sobrevivir a la « democracia directa » que recomienda a los cubanos?)

La « democracia » de Castro plantea ardientes problemas a todos sus apologistas. Sus argumentos son esencialmente los siguientes : a) Castro puede ganar cualquier elección por una mayoría aplastante ; b) en consecuencia, las elecciones no son necesarias y pueden resultar perjudiciales ; y c) en todo caso, las elecciones celebradas anteriormente en Cuba fueron todas amañadas. Una vez más, es necesario recordar aquí el ABC de la democracia a gentes que se jactan de ser auténticos demócratas. El mandato democrático no es un mandato que, una vez otorgado, no pueda ser revocado ; por el contrario, en la esencia del consenso democrático va incluída la necesidad de que se le renueve periódicamente. La mayor parte de los observadores calculaban el apoyo popular a Castro en un 90 % en enero de 1959 y en un 75 % o más un año después ; pero muy bien puede ser, como afirman algunos, que esa cifra haya descendido hoy al 50 % o incluso menos. En todo caso, ya no es seguro que Castro ganara unas elecciones por una mayoría aplastante o incluso sencillamente que las ganara.

Castro ha pasado por tres períodos diferentes en su actitud respecto a las elecciones. Primero prometió que se celebrarían. Después, afirmó que no podrían celebrarse inmediatamente. Hoy las ridiculiza. En efecto, un día Castro hizo la siguiente declaración : « Cuba no ha tenido nunca unas elecciones honradas, ni una prensa verdaderamente libre. Yo enseñaré a Cuba cómo tenerlas. » En cambio, hoy dice : « Cuba no ha tenido nunca unas elecciones honradas ni una prensa verdaderamente libre. Por consiguiente, Cuba no tiene por qué tenerlas bajo mi régimen. » Estas son en esencia las dos revoluciones de Fidel Castro.

El problema de las elecciones se elude mediante una contraoferta de algo aún mejor. Huberman y Sweezy escriben : « Lo que nosotros sostenemos es que la revolución otorga por sí misma un mandato más democrático que la más libre de las elecciones libres pudo otorgar nunca, y que el deber sagrado del gobierno es *llevar a la práctica* el programa tan repetidamente anunciado de la revolución antes de volver al pueblo para pedirle su aprobación o nuevas instrucciones. » Pero ¿qué revolución?, ¿qué programa? ¿La revolución para restablecer la Constitución de 1940 y para celebrar elecciones en un plazo de doce a dieciocho meses?, ¿o la revolución contra la Constitución y contra las elecciones por un período indefinido? ¿Cómo puede el gobierno volver ante el pueblo para pedirle su « aprobación » o « nuevas instrucciones » cuando resulta que nunca antes se ha presentado ante él para pedírselas?

La alusión al « programa tan repetidamente anunciado de la revolución » es simplemente increíble. Quizá Huberman y Sweezy se hubieran sentido menos inclinados a hacer esa alusión si no se hubieran amoldado tan bien para no exponer el programa de que hablan. Ambos autores nos cuentan algo que viene a desmentir sus afirmaciones. En efecto, según ellos, el primer proyecto de ley de reforma agraria no contenía ninguna disposición respecto a las cooperativas. Todos los revolucionarios que rodeaban a Castro creían que los campesinos no estaban preparados para ellas. La decisión de crearlas la tomó Castro solo contra la opinión mejor informada de sus más próximos consejeros y partidarios. Así pues, según nos confiesan los mismos Huberman y Sweezy, Castro no llevó a la práctica « el programa tan repetidamente anunciado de la revolución » tal como los demás lo entendían en esta materia clave de la reforma agraria, sino que llevó a cabo una revisión fundamental de ese programa

para sorpresa de todos menos del mismo Fidel Castro (9).

---

(9) A las actuales « cooperativas » cubanas se les atribuye como origen el discurso pronunciado por Castro en su proceso de 1953. Pero de una cuidadosa lectura del pasaje esencial de dicho discurso apenas cabe adscribirlas a ese período. « Un gobierno revolucionario —decía Castro en su discurso—, después de transferir la propiedad de las parcelas de tierra a los cien mil pequeños cultivadores que actualmente pagan renta, emprendería una solución radical del problema agrario : primero, estableciendo, tal como prescribe la Constitución, una extensión máxima para cada tipo de explotación agrícola y adquiriendo la extensión sobrante mediante expropiación, recuperando las tierras usurpadas al Estado, saneando las marismas y terrenos pantanosos, fertilizando vastos eriales y reservando zonas para la repoblación forestal ; segundo, distribuyendo la tierra sobrante entre las familias de cultivadores, dando preferencia a las más numerosas, estimulando a las cooperativas agrícolas para la utilización en común de equipo costoso, frigoríficos y una dirección profesional uniforme de los cultivos y la ganadería y, finalmente, facilitando ayuda, equipos, protección y conocimientos útiles a la población agrícola. » (*Pensamiento político, económico y social de Fidel Castro*. Editorial Lex, La Habana, 1959, págs. 44-45.)

He reproducido deliberadamente este pasaje para que el lector se forme una idea del lugar que ocupaban las cooperativas en el plan general de la política agrícola de Castro en 1953. Como puede verse, las cooperativas ocupaban un lugar secundario en ese plan y su finalidad era, según el sentido tradicional a ellas asociado, servir a los propietarios independientes. Está claro que estas cooperativas de 1953 no eran las « explotaciones de Estado » de 1959. Por otra parte, parece que Castro nunca se ha referido —o sólo raras veces— a las « cooperativas » después de 1953.

La versión de este pasaje en el libro de Huberman y Sweezy (pág. 41) está tomada de la traducción oficial inglesa del discurso de Castro publicada por *Liberal Press*, Nueva York. Por alguna razón que desconocemos, se suprimió en dicha traducción la frase « para la utilización en común de equipo costoso y frigoríficos », resultando de ello que la parte referente a las cooperativas queda un tanto tergiversada. En 1953, la « reforma agraria » de Castro significaba lo que normalmente suele significar : tierra para los campesinos sin ella. Pero resulta que Huberman y Sweezy, por el intermedio de un traductor, han descubierto que los campesinos cubanos no desean poseer su propia tierra ; ni siquiera comprendieron esta cuestión de la posesión de la tierra propia « hasta que no se les explicó reiteradamente » (página 116, nota). Huberman y Sweezy añaden que este incidente les allanó el camino a toda su interpretación de la revolución cubana. Si ello es cierto, los campesinos cubanos resultan verdaderamente únicos y nadie antes supo comprenderlos, ni siquiera Fidel Castro, que en 1953 y posteriormente habló con tanto énfasis de entregarles su propia tierra.

Pero aún hay algo más sorprendente en esta manera de razonar, ya que ella implica que cualquiera que pretenda estar en posesión de la verdadera idea de la revolución se confiere por eso mismo un mandato más democrático que cualquier otro que pudiera otorgarle el pueblo, incluso en la más libre de las elecciones. El siguiente paso —que los partidarios de la revolución no han dejado de dar— es afirmar que es « democrático » hacer la revolución sin el pueblo o a pesar del pueblo, aunque, naturalmente, en interés suyo. De tales revoluciones han surgido invariablemente las peores tiranías.

La historia, chivo emisario

Mientras algunos escritores ven en Castro cualquier cosa menos el comunismo, otros no ven en él más que el comunismo. Quizá la versión más extremada de esta manera de pensar podamos encontrarla en el libro *Red Star Over Cuba*, de Nathaniel Weyl. El señor Weyl conoció el movimiento comunista internacional desde dentro allá por los años de 1930 —afirma haber pertenecido en otro tiempo a la misma organización del Partido Comunista norteamericano que Alger Hiss—; ha escrito también un libro sobre la reforma agraria en México bajo el gobierno del ex presidente Cárdenas. (De todos modos, no existe indicio alguno de que Weyl haya tenido un conocimiento personal de Cuba en los últimos dos años o en cualquier otra época.)

Gran parte del libro de Weyl se basa en informaciones de la policía y de organismos de espionaje, tales como la « Oficina para la Represión de las Actividades Comunistas » de tiempos de Batista. Weyl maneja una siniestra serie de artículos aparecidos en un periódico sensacionalista de Nueva York como si se tratase de una fuen-

te histórica digna de crédito. La temeridad con que Weyl utiliza sus materiales, buenos, malos o dudosos, sólo se iguala con la de sus opiniones. Estas opiniones van desde la convicción de que Castro ha sido un « agente soviético de confianza » desde 1948 (siendo así que en aquella época apenas tenía más de veintiún años) hasta la afirmación de que Cuba cayó en manos del comunismo como consecuencia de ciertas « consignas de apaciguamiento » dadas por algunos funcionarios del Departamento de Estado. La tesis implícita en el libro la expusieron los senadores Eastland y Dodd, miembros del Subcomité del Senado para la seguridad interior, de los que Weyl reproduce la siguiente afirmación : « Cuba fue entregada a Castro y a los comunistas por una combinación de los norteamericanos, de la misma manera que se entregó China a los comunistas. » Esta es la acusación de « extrema derecha » que se le hace a Castro y a los que supuestamente le ayudaron a conquistar el poder.

Pero métodos como los que emplea Weyl apenas pueden inspirarnos confianza en sus resultados. En su libro convierte a algunos miembros del Departamento de Estado en blanco de su indignación por haberse negado a aceptar la prueba de que Castro era comunista y agente soviético desde hacía doce años. Pero, por una u otra razón, Weyl olvida mencionar el hecho de que el general C.P. Cabell, subdirector de la « Central Intelligence Agency », afirmó en noviembre de 1959 ante el Subcomité del Senado para la seguridad interior (una de las fuentes favoritas de Weyl) lo siguiente : « Creemos que Castro no es miembro del Partido Comunista y que no se considera a sí mismo como comunista ». Es de suponer que la C.I.A. se tomó el trabajo de averiguar todo lo referente al pasado político de Castro y que no tenía que habérselas, como el Departamento de Estado, con « subordinados inclinados al apaciguamiento » (esta frase de Weyl va dirigida al entonces subsecretario de Estado Christian Herter, al secretario adjunto para los asuntos latinoamericanos Roy R. Rubottom y al director de la División del Caribe William A. Wieland). La C.I.A. pudo haberse equivocado, pero su apreciación de las pruebas se relaciona con la acusación lanzada por Weyl contra ciertos miembros del Departamento de Estado que sostenían opiniones similares.

De todos modos, Weyl cita la declaración prestada ante el Comité del Senado para la seguridad interior por Rafael Díaz Balart (ex cuñado de Castro), que trabajó para Batista hasta el final. Weyl escribe que Díaz Balart hizo « una declaración esencial idéntica » a la del Dr. Emilio Núñez Portuondo, antiguo primer ministro de Batista, el cual afirmó que « Fidel Castro se sometió a la disciplina del Partido Comunista ya en su primer año en la Universidad (1945-46), utilizando su nombre de Partido : Fidelio ». A continuación Weyl reproduce los párrafos del testimonio presentado por Díaz Balart en los que se da a entender que Castro y los estudiantes comunistas « se entendían muy bien » para ayudarse mutuamente ; pero no reproduce esta afirmación rotunda de Díaz Balart : « No, en aquel momento no era miembro del Partido. Por entonces no era más que un dirigente oportunista que deseaba ascender. » En resumen, que la declaración de Díaz Balart era cualquier cosa menos idéntica a la de Núñez Portuondo.

Weyl trata también con gran despreocupación del asunto referente al dinero que, según él, el Partido Comunista puso a disposición de Castro en Sierra Maestra. Weyl cita unos artículos escritos por dos periodistas en *Daily News* de Nueva York, en los cuales se dice : « En cierta ocasión —dijo una persona próxima a Fidel—, Carlos Rafael Rodríguez, miembro activo del Partido Comunista cubano, llegó con una docena de hombres cargados de dinero. La suma se elevaba a 800.000 dólares y Fidel le abrazó gritando : Ahora estamos preparados para ganar la guerra. » Resulta, pues, que Weyl cita a dos periodistas que a su vez citan a « una persona próxima a Fidel ». Pero unas treinta páginas más adelante, Weyl escribe : « Hemos visto que Carlos Rafael Rodríguez, que no sólo era miembro del Buró político del Partido Comunista cubano, sino además su cerebro, fue a Sierra Maestra para entregar a Castro casi un millón de dólares. » No cabe duda alguna en cuanto al viaje realizado por Carlos Rafael Rodríguez a Sierra Maestra en junio de 1958 —él mismo lo reconoció cuando hablé con él en la primavera

de robo—, pero sólo un lector de memoria corta « habría visto » que Carlos Rafael Rodríguez hubiera llevado a Fidel Castro casi un millón de dólares. Las pruebas son, en el mejor de los casos, de tercera mano. Y, sin embargo, Weyl se atreve a afirmar que « las fuerzas de Castro vencieron esencialmente porque disponían de una provisión de dinero casi ilimitada ».

Que la política cubana es mucho más compleja de lo que parece creer Weyl podemos deducirlo de la referencia que hace a Raúl Roa.

Weyl escribe que uno de los « miembros fundadores y principales líderes del Partido Comunista cubano fue Raúl Roa, al que más tarde Fidel Castro habría de nombrar ministro de Asuntos Exteriores de Cuba ». Esto es todo lo que Weyl dice. De ello cualquier lector podría deducir que Roa no es más que un funcionario comunista dentro del grupo de colaboradores de Castro. Pero la verdad es que Roa ha tenido una carrera política bastante más variada que eso. En 1956, el hoy ministro cubano publicó un artículo en México denunciando « los crímenes, desastres y tropelías perpetrados » por los « invasores » soviéticos en Hungría. Este artículo y otras referencias poco corteses al comunismo, se reimprimieron en su libro *En pie*, publicado en Cuba por una entidad editora oficial en octubre de 1959. El dirigente comunista Blas Roca escribió un artículo en el órgano oficial del Partido Comunista cubano, *Hoy*, denunciando a Roa como « plattista », equivalente histórico de « agente del imperialismo norteamericano » (10). Y, sin embargo, según Weyl, Roa se ha convertido en un portavoz servil del comunismo y de la Unión Soviética, a los que ha condenado repetidas veces. De todos modos, nunca ha conseguido ganarse completamente la confianza del Partido Comunista, uno de cuyos miembros ha sido designado para el puesto de subsecretario de Roa. El distinguido escritor español Salvador de Madariaga, que no es ningún novicio en estas materias, escribía recientemente : « Por lo que se refiere al ministro de Asuntos Exteriores, Raúl Roa, liberal y por esta razón orientado hacia Occidente, todo indica que ha sido eclipsado por su subsecretario, Olivares, que es comunista. »

Weyl califica también a Faustino Pérez como comunista, basándose para ello en fuentes batistianas. Pero resulta que el Partido Comunista cubano ha acusado siempre a Pérez —dirigente del antiguo movimiento clandestino de La Habana— del fracaso de la huelga de abril de 1958, fundándose para tal acusación en que se negó a ponerse de acuerdo con aquel partido. Los comunistas se vengaron en noviembre de 1959 cuando a Pérez se le expulsó del gobierno de Castro por haber protestado contra el trato dado al comandante Hubert Matos. Weyl cita incluso un informe « clandestino cubano » según el cual Matos trabajaba para los comunistas « ya en 1957 », sin decir una palabra sobre el precio que Matos ha pagado por su anticomunismo. Dislates de este calibre son inevitables en un libro que acepta las fuentes de Trujillo y de Batista sin someterlas a crítica. Comunistas, ex comunistas, no comunistas y oportunistas entran todos en el mismo saco sin discriminación de ninguna clase. Cualquier prueba, por mínima que sea, que no se acomode a la tesis sostenida en el libro se la suprime implacablemente o se la tergiversa con glosas o comentarios. Todos los arduos problemas que plantea la evolución política de Castro quedan así supersimplificados y trivializados.

Por momentos, quien lea tanto el libro de Mills como el de Weyl ha de sentirse completamente desconcertado y perplejo. Mills impreca a su yanki con la pregunta : « ¿Qué hacías tú para evitar, por ejemplo, que el gobierno yanki continuara enviando armas y más armas a Batista? » Por su parte, Weyl cita en su libro al ex embajador Earl E.T. Smith, el cual se refiere a la decisión tomada por Estados Unidos de suspender los envíos de armas a Batista en marzo de 1958 diciendo que « su impacto

(10) El senador Orville H. Platt dio su nombre a la famosa Enmienda que facultaba a Estados Unidos para intervenir en Cuba, enmienda que fue anulada en 1934. La Enmienda Platt quedó incluída en 1901 en la Constitución cubana como un apéndice y recogida en el tratado de 1903 entre Cuba y Estados Unidos. Weyl se las arregla en una sola frase para equivocar el primer nombre del senador Platt y la fecha de su Enmienda, error curioso para quien pretende ser un estudioso de los asuntos cubanos.

psicológico sobre la moral del gobierno (cuyo tono) resultó paralizador ». En su reciente libro titulado *Respuesta*, publicado en México, Fulgencio Batista se queja también amargamente del grave efecto que produjo el embargo impuesto por Estados Unidos a los envíos de armas. Un lector del libro de Mills no podría enterarse nunca de que los envíos de armas se suspendieron. A su vez, un lector del libro de Weyl no podría jamás saber que el efecto del embargo sobre los armamentos quedó parcialmente contrarrestado por la no retirada de la misión militar norteamericana en La Habana.

La principal cabeza de turco norteamericana de Weyl es Herbert L. Matthews, del *New York Times*. En febrero de 1957, Matthews publicó tres artículos y una serie de fotografías que demostraban que Castro seguía vivo y en los que el periodista norteamericano respondía de su idealismo, de su valor y de que no era comunista. El cargo principal contra William Wieland parece consistir en que aconsejó al nuevo embajador Smith que se informara de Matthews antes de asumir su puesto. (Por otra parte, el delito principal de Rubottom parece ser que el 31 de diciembre de 1958, un día antes de la huída de Batista, declaró al Subcomité del Senado que « no existía prueba alguna de la existencia de elementos comunistas organizados dentro del Movimiento de Castro ni de que éste mismo se hallase bajo la influencia comunista ». Como si ya esto no fuera bastante, se acusa también a Rubottom de ser el protegido del doctor Milton Eisenhower, al que Weyl despacha como un « hombre bien intencionado, vagamente izquierdista y antiguo burócrata del New Deal ».)

El informe de Matthews al embajador Smith, que promete convertirse en una pequeña « causa célebre » en algunos círculos de la política norteamericana, se recoge con fidelidad en cuanto a la forma en el libro de Weyl. Pero al hacer una confrontación, descubrí que el embajador Smith había declarado : « Pasé seis semanas en Washington, aproximadamente cuatro días de cada semana visitando diversas oficinas e informándome del Departamento de Estado y de las personas por él designadas. » Smith declaró también : « Durante esas seis semanas fui informado por una serie de personas según la forma que es [illegible] cuando se trata de embajadores. » Una [illegible] estas personas, sugerida por Wieland, [illegible] Matthews. Pues bien, Weyl tergiversa [illegible] declaración en la siguiente forma : « El [illegible] bajador Smith hizo la significativa [illegible] ración de que Wieland le envió nada [illegible] nos que a Herbert Matthews para que [illegible] asesorase sobre los asuntos cubanos [illegible] de partir para ocupar su puesto en La Ha[illegible] bana. » De este modo, « un » informe [illegible] convierte en « su » informe, como [illegible] Matthews hubiera sido el único que ase[illegible] ró a Smith. Y es difícil comprender qué [illegible] puede haber de particular en que al em[illegible] bajador Smith se le recomendara informa[illegible] se cerca de Matthews, entre otras muchas [illegible] personas, en mayo de 1957, en una época [illegible] en que él era uno de los poquísimos nort[illegible] americanos que habían hablado con Fidel [illegible] Castro.

Quizá algunas otras declaraciones prestadas ante el Subcomité del Senado para la seguridad interior, declaraciones que Weyl no cita, no dejen de tener interés. Según el jefe del ejército batistiano en la zona de la Sierra Maestra, coronel Ugalde Carrillo, sus fuerzas sumaban de 6.000 a 7.000 hombres, calculándose los hombres de Castro en unos 700 u 800. Además, el ejército de Batista contaba con otros 33.000 soldados estacionados en diversos lugares de la isla. Durante años este ejército había recibido de Estados Unidos y de otros países todas las armas que necesitaba. El embajador de Estados Unidos en La Habana desde 1955 hasta mediados de 1957, Arthur Gardner, era tan « probatistiano » que, como ha escrito en su reciente libro la señora Ruby Hart Phillips (largo tiempo corresponsal del *New York Times* en La Habana), el dictador se sentía molesto porque creía que el embajador se excedía en su labor de apoyo. A pesar del notable informe de Matthews, Earl Smith, sucesor de Gardner, era un « anticastrista » que sus subordinados le [illegible] dieron en vano que se mostrara menos pro-batistiano. Y a pesar de los artículos de Matthews en favor de Castro publicados en febrero de 1957, catorce meses después las fuerzas castristas contaban sólo con 300 hombres (según Mills) o como máximo con 800 (según Ugalde).

Las fuerzas de que podía disponer Batista

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Americana

a fueron hasta el final tan superiores en número y en armas a los hombres de Castro que sólo una amplia reacción popular puede explicar el desastre de aquél. El jefe del Estado Mayor de Batista, general Francisco Tabernilla, se aproximó mucho más a la verdad al contestar a la pregunta de si el ejército habría podido oponerse con buen éxito a la marcha de Castro sobre La Habana :

« Podía —replicó—, pero no por mucho tiempo, pues por entonces el pueblo de Cuba estaba ya contra el régimen de Batista, y una vez que el pueblo se ha levantado en armas no hay ejército que pueda derrotarle. »

Herbert Matthews ha expuesto sus últimas opiniones en el *Hispanic American Report* (Stanford University, 29 de agosto de 1960). Como es natural, le entristece la evolución del régimen de Castro hacia « una dictadura sin libertad, bajo el control de un solo hombre ». De todos modos, Matthews sigue manteniendo que « a pesar de fuertes semejanzas, [el régimen de Castro] no es marxismo, comunismo ni fascismo, pero se está aproximando a una estructura totalitaria de cierto tipo ». Y, sin embargo, al mismo tiempo que Matthews escribía estas palabras, Guevara caracterizaba la revolución cubana como implícitamente « marxista ». Matthews continúa también resistiéndose a aceptar la evidencia de una deliberada política castrista de ayuda y facilidades a los comunistas cubanos. Declara, por ejemplo, que « Fidel sirvió inconscientemente a los comunistas desde el principio al permitir que el Movimiento 26 de Julio, que había iniciado y ganado la revolución, se debilitara gravemente. Esto dejó un vacío en el cual se movían naturalmente los comunistas ». ¿Inconscientemente? En realidad, como se ha reconocido de modo público, se trataba de una decisión adoptada fríamente, no más inconsciente que la decisión tomada hace poco de « permitir » al Ejército rebelde que desaparezca. De todos modos, al contrario que ciertos apologistas de Castro, Matthews no niega por completo la posibilidad de que en Cuba se instaure un régimen comunista. Por el contrario, considera que esta instauración se halla ya tan avanzada que « el punto en que ya no será posible volver atrás no parece estar lejos ». Pero en su deseo ferviente de descargar a Castro de la responsabilidad primordial, Matthews argumenta diciendo, unas veces que la política procomunista de Castro era lógica, otras veces que ha caído equivocadamente en ella y otras, finalmente, que le han empujado a ella. La fe de Matthews en Castro se ha debilitado, pero no ha muerto, lo cual le permite aún escribir : « Por paradójico que ello pueda parecer, los norteamericanos deben rezar para que nada malo le ocurra a Fidel Castro. Todas las esperanzas de que las cosas cambien en un sentido favorable estriban en él. »

El elemento que falta

La *Révolution Cubaine*, de Claude Julien, es una obra curiosa. A través de 261 páginas, vemos que al parecer Fidel Castro no puede equivocarse. Claude Julien lo limpia de error. Si alguna vez hubo una revolución « pura y sin mácula », parece que esa revolución es la de Castro. Y después, súbitamente, casi sin previo aviso, las últimas diez páginas del libro surgen llenas de malas noticias y de amargas dudas. Al lector le coge casi de improviso el enterarse de que los comunistas cubanos han realizado tales progresos que la « originalidad primera » de la revolución castrista ha quedado por lo menos « gravemente comprometida » (pág. 268) y asimismo que esta revolución ha empezado a devorar a sus hijos.

Resulta, pues, que por lo menos el 95 % del libro de Claude Julien pertenece a la misma categoría de propaganda procastrista que los libros de Huberman y Sweezy y de Mills. También Julien incurre en buen número de las mismas deformaciones y errores.

Leyendo su libro, nadie podría ni tan siquiera comenzar a comprender la diferencia existente entre la revolución que Castro prometió y la que ha realizado. En cierto modo, Claude Julien se afana incluso por ocultar esta diferencia, haciendo por ejemplo la asombrosa declaración siguiente : hasta conquistar el poder, « Fidel Castro, aun pensando en los problemas con que habrá de enfrentarse después de la victoria, no promulga ningún programa » (pág. 85). Huberman y Sweezy afirmaban que Castro era fiel a su programa « frecuentemente anunciado ». En cambio, Julien afirma que Castro no tenía programa al que permanecer fiel. La verdad es que Castro promulgó un programa —que he indicado sumariamente—, pero no le ha sido fiel.

Es también significativo que Claude Julien cometa la misma pifia sociológica que el profesor Mills. Cuando el comentarista francés escribe que « las masas campesinas constituyen una sólida mayoría » de la revolución cubana, uno se pregunta por qué las mismas aberraciones en relación con los hechos han de aparecer en libros y en países diferentes. La razón podría estar en que los mismos mitos políticos suscitan idénticos mitos sociológicos, o que unos y otros se derivan de una fuente común.

Sería preciso todo un libro para poder distinguir las verdades, las medias verdades y las inexactitudes de Claude Julien. Pero creo que la debilidad principal de su libro consiste en su incapacidad de —o en su negativa a— examinar a fondo, francamente, lo que en fin de cuentas él mismo reconoce como el factor esencial de la revolución cubana ; es decir, la simbiosis entre el grupo castrista y los comunistas cubanos.

Pasado el primer tercio aproximadamente de su libro, Claude Julien llega por fin al tema de los comunistas. El autor nos refiere una conversación celebrada con el dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez durante la primavera de 1958, conversación a la que siguió una carta que el mismo Carlos Rafael Rodríguez le envió unas semanas más tarde, en junio. Como aquellos fueron meses de expectativa para los comunistas, estos documentos reflejan una actitud crítica respecto a Castro, que además entonces sólo era el jefe de un grupo relativamente débil localizado en las montañas. De todos modos, todavía después de la huída de Batista, Julien afirma con insistencia que « entre comunistas y partidarios de Fidel Castro existen desde entonces profundas diferencias de ideología, de táctica y de objetivos a corto y a largo plazo » (pág. 85).

Tras muchas páginas, y ya en el último cuarto del libro, el autor vuelve de repente a los comunistas, pero en un tono muy diferente. Julien reconoce que, a consecuencia de la incapacidad del Movimiento 26 de Julio, en Cuba sólo existe hoy una fuerza organizada : el Partido Comunista. Y el autor comenta : « Sólo él, aunque no desempeñó más que un papel secundario en la lucha contra la dictadura, podría en mayor apoderarse de las palancas de mando, colocando a sus hombres en los puestos clave ; y la defección de algunos moderados le ha permitido ya actuar eficazmente en este sentido » (pág. 226). Julien da incluso a entender que entre los comunistas y el poder quizá ya no se interpone más que una persona : Fidel Castro. Y el autor añade con pesimismo : « Seguramente esto es demasiado para un solo hombre. »

¿Y cómo han podido los comunistas llegar hasta donde han llegado? ¿Qué ha ocurrido entre la época en que existían « profundas diferencias » y el momento actual, caracterizado por un virtual dominio comunista? ¿Cómo es que los comunistas cubanos han llegado tan cerca del poder siendo así que, según las afirmaciones de Claude Julien, el verdadero gobierno de Cuba es Fidel Castro y nada más que él?

La respuesta del autor es, en forma resumida, que Estados Unidos han obligado a Castro a entregar su propia revolución a los comunistas y a la Unión Soviética. Si Fidel Castro es el héroe perfecto del relato de Claude Julien, en cambio Estados Unidos representan el clásico « traidor ». Pero Julien nunca hace el menor esfuerzo para de-

cribir o analizar la transición de los comunistas de la oposición a la dominación.

Pero la verdad es que el papel de la política norteamericana en el drama cubano es mucho más complejo de lo que señala Claude Julien ; en todo caso, no me gustaría responder a una simplificación exagerada con otra. Lo que más me inquieta en su tesis es que revela una comprensión muy superficial del carácter de Fidel Castro y de sus colaboradores más próximos. Castro y su grupo no han sido jamás las inocentes víctimas de las circunstancias en que les convierte Claude Julien. Por el contrario, ellos han sido el motor de la lucha y han recurrido a este o el otro pretexto con tal de hacer lo que deseaban. Las posibilidades que en 1959 se le ofrecían a Castro, durante un período de seis a nueve meses por lo menos, eran muy amplias y muy variadas. La política norteamericana se mostraba, cuando menos, débil e irresoluta. Y Castro aumentó su poder precisamente conservando su iniciativa sobre sus enemigos y no, como parece creer Julien, porque éstos le forzaron a hacer lo que no quería hacer.

Tres páginas antes de finalizar el libro, el autor escribe : « Revolucionarios a los que conocí en enero de 1960 llenos de ardor han comenzado, a partir del verano de 1960, a sentir dudas. Algunos están hoy en prisión sin haber hecho otra cosa que servir fielmente a la revolución ; otros conservan sus títulos y sus funciones pero se hallan paralizados, no se atreven a expresar sus opiniones y han dejado de escribirme » (pág. 274). Aún hay más : « Sabiamente orquestados por los elementos extremistas, el miedo y la sospecha han hecho una dramática reaparición en la escena cubana. Auténticos obreros de la revolución dejan de hablar en cuanto se aproxima un personaje cuyo único mérito es ser un comunista bien situado. Y es que también ellos pueden convertirse de un día a otro en sospechosos, es decir, en la mayor parte de los casos, en culpables... ».

Según Claude Julien, es a Estados Unidos y no a Fidel Castro a los que hay que culpar de todo esto. Pero, no es necesario absolver a Estados Unidos de toda culpa, ni siquiera de una gran parte de las culpas, para comprender que en la base de su argumentación Claude Julien se equivoca y se equivoca gravemente. Un jefe revolucionario no cambia, no traiciona el verdadero sentido de su revolución porque las compañías petrolíferas norteamericanas se nieguen a refinar el petróleo soviético, ni siquiera porque Estados Unidos reduzcan en 700.000 toneladas de azúcar un contingente de 3.000.000 de toneladas. No es sólo por razones como éstas por lo que una revolución cambia tan radicalmente de color. La interpretación que Julien da de la revolución cubana, esa interpretación implica que Castro no ha hecho sino reaccionar de mala gana a ciertas maniobras norteamericanas y que ha sido incapaz de salvar la « originalidad primera » de su revolución. Castro se queda así sin esa fuerza demoníaca que es la fuente más importante de su poder. La racionalización de Claude Julien —que no inventó él sino « Che » Guevara— nos llevaría a la conclusión de que Estados Unidos han dictado tanto la política de Castro como las de sus predecesores, pero según un proceso algo diferente. Sin embargo, a cualquiera que le haya visto « reaccionar » casi instantáneamente le resultará difícil creer que Estados Unidos le han obligado a hacer lo que jamás quiso hacer. Claude Julien se habría acercado mucho más a la verdad si hubiera buscado la respuesta en el elemento que falta en su libro : la vida y la dinámica interiores de la revolución de Castro.

Pero se ha negado a hacerlo, al menos hasta las últimas páginas de su libro. Y esa es la razón de que éste termine allí donde en realidad debió comenzar.

Revolución, ¿de quién?

Unicamente en una cosa Mills, Johnson y Weyl están casi de acuerdo. Para Mills, el régimen de Castro es « una dictadura revolucionaria de los campesinos y los obreros » ; según Johnson, es una « auténtica dictadura del proletariado » ; y Weyl afirma que es « una dictadura del proletariado ».

Pero ¿qué pueden significar estas palabras ya tan usadas y tan mal definidas en relación con la Cuba de hoy?

Ninguno de los ministros de Castro ha

sido nunca campesino o proletario. Durante la visita que hice a Cuba en la primavera de 1960, tenía curiosidad por averiguar hasta dónde llegaba el carácter de clase medio de los elementos del gobierno. La tarea no era fácil debido a que la mayor parte de los miembros del gabinete, que constituyen un reflejo exacto de la alta dirección política, prefieren ser conocidos como comandantes o capitanes del antiguo Ejército rebelde. Pero, finalmente, convencí a uno de los ministros para que me anotase en su propio despacho las profesiones u ocupaciones y las edades de sus compañeros. La mayoría de ellos siguen hoy ocupando los mismos cargos y, en todo caso, sus sustitutos son personas de la misma clase.

He aquí la lista, escrita de su propio puño y letra, lista que me pareció lo suficientemente interesante como para conservarla:

Osvaldo Dorticós. *Presidente. Abogado*, 40 años.

Fidel Castro. Primer Ministro. *Abogado*, 33.

Augusto Martínez Sánchez. Trabajo. *Abogado*, 34.

Raúl Roa. Asuntos Exteriores. *Profesor*, 53.

Osmany Cienfuegos. Obras Públicas. *Arquitecto*, 31.

Armando Hart. Educación. *Abogado*, 29.

Raúl Castro. Ejército. *Estudiante universitario*, 29.

Raúl Cepero Bonilla. Comercio. *Abogado*, 39.

Regino Boti. Economía. *Abogado*, 36-37.

Rolando Díaz Astarain. Hacienda. *Capitán de Marina* (Academia).

Julio Camacho. Transportes. *Comandante*, 34.

Serafín Ruiz de Zárate. Sanidad Pública. *Medicina*, 35.

Pedro Miret. Agricultura. *Estudiante de ingeniería*, 32.

José Naranjo. Interior. *Estudiante de medicina*, 30.

Raquel Pérez. Bienestar social. *Filosofía*, 32.

Enrique Oltuski. Comunicaciones. *Ingeniero*, 29.

Alfredo Yabur. Justicia. *Abogado*, 35.

Luis Buch. Ministro de la Presidencia. *Abogado*, 47.

Todos estudiaron en una universidad (algunos en universidades de Estados Unidos), procedían de familias de las clases alta o media y habían llegado a ser o aspiraban a ser intelectuales y hombres que viven de su profesión liberal. Ni uno solo de ellos representa en ningún sentido a la clase campesina o al proletariado o debe su posición a la fuerza o a la presión organizada de esas clases. Lo que son se lo deben únicamente a Fidel Castro y sólo ante él son responsables. (Esto lo reconoce Mills, el cual afirma de modo liso y llano que Castro puede ser « prácticamente un poder absoluto » en la Cuba de hoy. Pero, si es así, ¿dónde queda la « dictadura de los campesinos y los obreros »?)

Reflejando la situación tal como ellos la vieron en la primavera de 1960, Huberman y Sweezy reconocían a los campesinos el papel decisivo en la victoria de la revolución, hacían de Castro la « encarnación de la voluntad y de la energía de los campesinos » y exaltaban a la clase campesina cubana como « quizá una de las clases más profundamente revolucionarias del mundo » y como « una clase social tan radical como pueda ser cualquier otra en el mundo de hoy ». Seis meses después, ambos autores volvían a Cuba para descubrir que la clase campesina había sido reemplazada en cuanto « clase más revolucionaria » por la clase obrera y que el Ejército rebelde, nutrido de campesinos, sufría un eclipse relativo. Lo mismo que les había encantado la primavera de la revolución, les encantó ahora el otoño. La revolución campesina era maravillosa y la rápida desposesión de la misma lo era aún más. Pero por qué hubo que sustituir a la clase campesina si era realmente « una clase social tan radical como lo pueda ser cualquier otra en el mundo de hoy », es algo que Huberman y Sweezy ni siquiera tratan de explicarnos. ¿Es concebible que la clase que había hecho realmente la revolución, la clase que el líder máximo encarnaba y que era quizá la clase más profundamente revolucionaria del mundo actual, permitiese que se la apartara al fondo de la escena sin una palabra de protesta ni el menor signo de resistencia? ¿Es esta la conducta de una clase para con *su* revolución?

El proceso así evocado como por arte de

encantamiento es claramente mitológico. Aquellos que « dieron » la revolución a los campesinos, se la podían también arrebatar. La clase campesina nunca tuvo en sus manos ninguna de las palancas de mando de la revolución, ni antes ni después de la victoria. La revolución la realizaron y la controlaron siempre hombres y mujeres procedentes de la clase media, primero en nombre de todo el pueblo, después en el de los campesinos y ahora en el de los obreros y los campesinos. En el mejor de los casos, la revolución está haciendo cosas *por* y *para* los campesinos y obreros. Lo bueno y lo malo que en estas cosas haya puede ser un tema abierto a la discusión, pero no la cuestión de *quiénes* deciden esas cosas y de a qué clase pertenecen. Para Marx, la idea de que los campesinos pudieran ser la fuerza motora de una revolución socialista habría resultado sencillamente inconcebible ; lo mismo ocurre con la idea de que la clase obrera tuviera que ser « arrastrada » a una revolución socialista después de realizada por otra clase y como un resultado mecánico de la nacionalización por arriba.

Por lo que respecta al supuesto papel desempeñado por la clase obrera en la revolución cubana, resulta tan fantástico como el atribuído a los campesinos.

En diciembre pasado, unos 1.000 proletarios auténticos, empleados en la Compañía Eléctrica Cubana, organizaron una marcha de protesta desde la sede de su sindicato hasta el Palacio Presidencial. La « base » manifestaba su descontento debido a que la nueva dirección de la compañía eléctrica, nacionalizada, había suprimido ciertos privilegios largo tiempo tolerados bajo la dictadura de Batista, con lo cual el nivel de vida de los trabajadores descendió bastante. Los dirigentes sindicales, a la cabeza de los cuales se hallaba un viejo militante del Movimiento 26 de Julio, se mostraban irritados por el hecho de que la Confederación central de Sindicatos, que había caído completamente en manos de los comunistas, se las hubiese arreglado para no tomar en cuenta los resultados de las elecciones sindicales, resultados que fueron desfavorables para los comunistas. La rebelión quedó sofocada al refugiarse los líderes sindicales en unas embajadas y después de un largo y airado discurso del primer ministro Fidel Castro. Este admitió que un gran sector no sólo de los obreros de la electricidad, sino también de la masa obrera en general, se sentía « turbado ». Manifestó su desdén por quienes se mostraban dispuestos a cambiar « el derecho de la clase obrera a gobernar y dirigir el país por un plato de lentejas » y en cierto momento declaró : « Sabéis cuál es el primer objetivo por el que la clase obrera debería luchar, el único objetivo por el cual la clase obrera de un país moderno debe luchar esencialmente? ¡Por la conquista del poder político! »

Este discurso es significativo por el vocabulario político que por primera vez empleó Castro, pero dice más sobre el líder cubano mismo que sobre el proletariado isleño. ¿Es que en una « dictadura *del* proletariado » es necesario exhortar a éste para que tome el poder? Y si el proletariado cubano siguiese el consejo de Castro, ¿permanecerían en el poder todos los abogados que hoy forman parte de su gobierno? De todas las dictaduras del proletariado con que nos ha regalado este siglo, la menos convincente es por cierto la de Castro.

También los acontecimientos se han mostrado poco amables con la clarividencia de Jean-Paul Sartre. En la introducción que hizo (con fecha 12 de septiembre de 1960) a la edición brasileña de su serie de artículos sobre Cuba, Sartre escribió : « No, si Cuba desea separarse del bloque occidental, no es porque tenga la loca ambición de aliarse con el bloque oriental. » El filósofo francés expresaba asimismo su convencimiento de que « el objetivo de Cuba no era reforzar un bloque en detrimento del otro ». Pero he aquí que el 10 de diciembre de 1960 el comandante Guevara fue lo bastante « loco » como para afirmar públicamente en Moscú : « Apoyamos de todo corazón la declaración adoptada por esta conferencia (la de los 81 partidos comunistas). » Sería difícil imaginar una forma de aliar a Cuba más estrechamente con el bloque oriental o de reforzar más a dicho bloque en detrimento del Oeste que la que implica este apoyo sin condiciones a la declaración de los 81.

La actitud de Paul Johnson en *New Statesman* frente a América Latina en general y a Cuba en particular nos huele a

un tipo muy peculiar de colonialismo anti-colonial. Para él, los problemas fundamentales de los países latinoamericanos no pueden resolverse « por medio de sencillas victorias electorales, desde el momento en que una legislación que sea verdaderamente eficaz necesita la aprobación de las fuerzas armadas ». En consecuencia, sólo el fidelismo o el comunismo —a los que Johnson considera como « enemigos naturales »— constituyen una alternativa práctica. Pero resulta que en el caso de Cuba el argumento de Johnson no tiene justificación alguna desde el momento en que las fuerzas armadas desaparecieron y con ellas la necesidad de obtener su aprobación. El tema principal del discurso pronunciado por Castro en su proceso de 1953 y de todas sus resonantes declaraciones hasta que tomó el poder era que los problemas sociales y económicos de Cuba podían resolverse dentro del ámbito de la Constitución de 1940. Pero había una sola cosa que la Constitución excluía, y esa cosa era la dictadura de un líder máximo y de su junta. Los colonialistas solían decir que algunos pueblos no eran aptos nada más que para cierta forma de imperialismo ; los colonialistas anticoloniales afirman que algunos pueblos no son aptos nada más que para cierta forma de totalitarismo.

En fin de cuentas, uno se pregunta hasta donde pueden llegar determinadas palabras como « socialismo », « democracia », « marxismo » y « dictadura del proletariado ». Algunos admiradores de Castro han dilatado el sentido de tales expresiones hasta el extremo de que acaban por no tener ninguno.

Por ejemplo, hace cinco años Huberman y Sweezy se sintieron sorprendidos por el discurso pronunciado por Kruschef ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre los defectos de su predecesor. Tras el oportuno período de reflexión y de arrepentimiento, ambos autores se salieron con una teoría en la que se venía a calificar al stalinismo de « buenos fines con malos medios », afirmándose que el stalinismo « se constituyó en el instrumento del progreso del socialismo », pero, por desgracia, « hizo suyos los métodos del despotismo oriental : el asesinato, la mendacidad, la duplicidad, la brutalidad y, sobre todo, la arbitrariedad » (11). Esta [illegible] del stalinismo tiene su origen en cierta [illegible] cepción del socialismo, según la cual lo [illegible] importa esencialmente es nacionalizar [illegible] economía. El Estado nacionalizador [illegible] ser asesino, mendaz, culpable de dupli[illegible] dad, brutal y arbitrario ; a pesar de [illegible] seguirá siendo « socialista ».

Y al separar los fines de los medios, [illegible] político de lo económico, lo que el Esta[illegible] controla de quién controla al Estado, al s[illegible] cialismo se puede llegar a través de despo[illegible] tismos orientales o de revoluciones sen[illegible] campesinas.

La variante cubana

El socialismo de Marx no se basaba sim[illegible] plemente en una economía nacionali[illegible] zada, sino en el desarrollo armonioso de va[illegible] rios factores. La realización de la democra[illegible] cia económica por la revolución socialis[illegible] presuponía la realización de la democrac[illegible] política por la revolución democrática bu[illegible] guesa. Por esta razón, los marxistas clá[illegible] cos daban por cosa segura la democrac[illegible] política, lo que ya no podemos hacer no[illegible] otros, y partían del postulado de que la de[illegible] mocracia económica se construiría sobr[illegible] aquélla. Al socialismo lo concebían como [illegible] culminación del desarrollo capitalista, en [illegible] el cual las condiciones previas del socialis[illegible] mo —una economía industrial avanzada y [illegible] un proletariado preponderante, empobreci[illegible] do y con conciencia de clase— no podría[illegible] llenarse.

Pero la evolución histórica no se ha re[illegible] lizado según este esquema. Donde el capi[illegible] talismo ha triunfado, no se ha cumplido el [illegible] requisito de la existencia de un proletaria[illegible] do preponderante, empobrecido y con con[illegible] ciencia de clase ; y donde el capitalismo [illegible] no triunfó, no se cumplió la condición de [illegible] una economía industrial avanzada. O bien [illegible] la clase media no ha sido bastante fuerte [illegible] para implantar una economía capitalista [illegible] viable, o bien ha sido lo suficientemente [illegible] fuerte para cerrar el paso a una economía [illegible] socialista.

Este dilema familiar al socialismo mo[illegible] derno ha multiplicado toda clase de « [illegible]

(11) *Monthly Review*, julio-agosto de [illegible] págs. 71-2.

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Americana

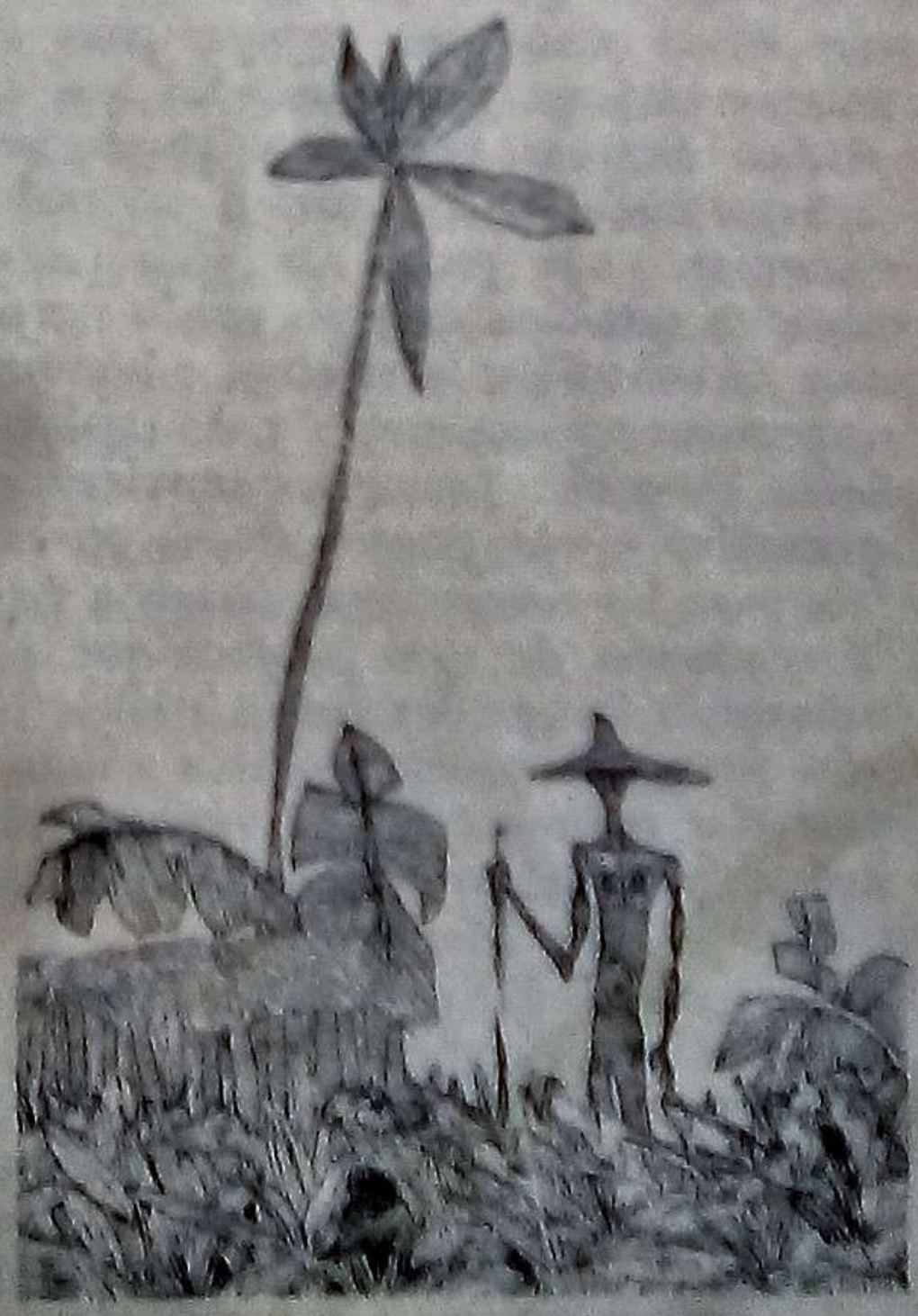
clusiones » bastardos y espurios. En lugar de tener su origen en el proletariado, esos socialismos tienen su origen en la clase media, pero precisamente en ese sector de la clase media que se rebela contra el fracaso de la misma. Estos hijos de la burguesía gravitan irresistiblemente hacia la ideología del socialismo, pero sólo pueden hacer uso de aquellos aspectos del socialismo que la situación les permite utilizar. En cambio, no pueden ser fieles a las ideas fundamentales de la tradición socialista : que el proletariado debe liberarse por sí mismo, que el socialismo exige ciertas condiciones previas, especialmente una economía industrial avanzada, y que el socialismo debe realizar y completar la democracia política.

Pero existe un aspecto del socialismo al que esos hijos de la burguesía pueden asirse inmediatamente y sin restricciones. En efecto, en el marxismo pueden encontrar una sanción ideológica para el uso ilimitado y total del Estado con el fin de cambiar el orden social, y en el leninismo una sanción a su poder ilimitado y total sobre el Estado. En el marxismo clásico, el papel del Estado socialista está condicionado por el grado de desarrollo de la sociedad y de las relaciones de clase. En cambio, en esa caricatura del socialismo la única condición que realmente interesa es la conquista del poder, sin importar por quién, cómo, cuándo o dónde se realice. Así, nuestra época ha visto nacer no sólo un « socialismo cubano », sino también un « socialismo indonesio » e incluso un « socialismo africano ».

Este fenómeno es un indicio de que necesitamos urgentemente nuevas palabras para poder designar buena parte del lastre con que se ha cargado al socialismo. El orden de desarrollo no puede invertirse —es decir, no puede producirse primero la revolución y después las condiciones previas del socialismo— sin que el orden social resultante sea de un tipo totalmente diferente y ajeno a la letra y mucho más al espíritu del socialismo. Estas revoluciones a la inversa, realizadas desde arriba, pertenecen a lo que, a falta de una palabra mejor, hemos de llamar la familia de las revoluciones comunistas, que en la práctica sirven para industrializar a la clase campesina más bien que para liberar al proletariado. Pero incluso esta familia resulta hoy tan extensa y ocupa tanto espacio que el nombre que acabamos de utilizar no garantiza una comprensión completa de todos los fenómenos en él incluidos.

Durante unos treinta años, el único comunismo fue el ruso ; de este modo, el comunismo era aquello que los rusos decían que era. Pero en 1948 surgió la variante titista —un pequeño Estado comunista en rebeldía contra la dominación rusa— y a finales de 1949 la variante china —un Estado comunista tan vasto que podía rivalizar en potencia con la Unión Soviética—. Pero tanto los dirigentes comunistas yugoslavos como los chinos procedían de una fuente común, el Komintern, que desde 1919 hasta 1943 se mantuvo bajo el control y la dependencia estrechos de los comunistas rusos. Hasta esa época, pues, la filiación era clara y directa.

Pero ahora ha comenzado a aparecer una nueva rama de la familia. Esta rama está constituída por los movimientos nacionales revolucionarios que el movimiento comunista mundial había reconocido, ya mucho antes de Kruschef, como una fuerza distinta y con la cual unas veces había colaborado y otras rivalizado. Ya en 1954 la prensa soviética atacaba a Kwame Nkrumah y a su partido considerándolos como una



« pantalla » para el imperialismo británico. Sin embargo, bajo Kruschef el péndulo se ha desplazado hacia los límites extremos de la colaboración. Esta política de Kruschef, que al parecer constituye uno de los puntos del debate entre los Partidos Comunistas ruso y chino, refleja un hecho indiscutible de estos últimos años : que no ha habido un solo comunista que pudiera competir con Nkrumah en Ghana, con Sekou Ture en Guinea o con Fidel Castro en Cuba. En consecuencia, a los comunistas locales se les aconsejó que esperasen su hora y que realizasen sus objetivos en dos etapas en vez de hacerlo en una sola. En la primera, el movimiento revolucionario nacional conquistaría el poder ; en la segunda, los comunistas conquistarían el poder dentro de esos mismos movimientos.

Esta estrategia debe su éxito a una sutil apreciación de los movimientos revolucionarios nacionales. Estos movimientos están mucho más capacitados que los comunistas para realizar la unidad nacional contra el enemigo común. Pero es este enemigo común, y no un programa social y político, lo que constituye su razón de ser. Como consecuencia de ello, resultan mucho más inspiradores y eficaces antes de tomar el poder que después. El llenar el vacío político y social que se produce inmediatamente después de la revolución supone para los comunistas mayores oportunidades que las que tenían durante la misma revolución. Los líderes nacionalistas suelen ser sobre todo hombres cuyo poder magnético sobre las masas se combina con un grado mayor o menor de confusión intelectual ; hombres de temperamento aventurero y de egolatría insaciable. Su punto fuerte les convierte en indispensables y sus puntos flacos en vulnerables para los comunistas. Sirven a éstos sólo a condición de que parezca que son los comunistas los que les sirven a ellos. No tuvieron ninguna escuela política como el Komintern y representan una variante mucho más alejada del prototipo soviético que la de Tito o la de Mao.

Esta variante ha ido mucho más lejos en Cuba que en ninguna otra parte, aunque el asunto aún no ha terminado. Esta es la razón de que Castro proyecte tanta sombra desde su pequeña isla.

Hasta ahora el fenómeno castrista ha sido objeto de muy pocos estudios serios. (¿...zá su revolución no es la que prometió re...lizar, pero aun así es una revolución autén...tica. Esta revolución se emparienta con otros levantamientos surgidos en países con resentimientos y desigualdades nacionales sociales similares. No se la puede despachar considerándola simplemente como una alu...ración diabólica porque no es lo que afir...ma ser. Pertenece a un nuevo tipo de sist...ma, ni capitalista ni socialista, que surge allí donde el capitalismo no ha triunfado y donde el socialismo no puede triunfar. En la mayor parte de la propaganda pro castrista o anticastrista se tergiversa de tal modo la revolución que llevó al poder al lí...der cubano que en definitiva todo su des...arrollo político comienza en la fantasía y en ella termina. El estudioso que quiere investigar seriamente la realidad buscará respuestas a una serie de preguntas que tanto los mitólogos de la derecha como los de la izquierda ni siquiera se formulan. ¿Cómo pudo una revolución que por su ca...rácter era fundamentalmente de la clase media volverse contra esa misma clase? ¿Cómo pudo una revolución realizada sin los comunistas, y en gran parte a pesar de ellos, aliarse tan íntimamente con ellos? ¿Cómo, en resumen, pudo Fidel Castro prometer una revolución y realizar otra, y qué consecuencias se derivaron de esta esquizofrenia revolucionaria?

Las respuestas, tal como yo las he sugerido, nos introducen en un territorio que hasta ahora apenas se ha explorado. Para que los comunistas y los fidelistas pudieran encontrase, *ambos* tenían que recorrer cierta distancia desde su punto de partida. Los comunistas tenían que sujetarse a la idea de que sólo podrían conquistar el poder a través de Castro, y no contra él. Con toda probabilidad, esta decisión la tomaron los comunistas después de una lucha interna que se desarrolló en la primera mitad de 1958 entre la vieja guardia « stalinista » encabezada por el secretario general, Blas Roca, y un grupo « kruschevista » más flexible representado por el director del órgano oficial del Partido, Carlos Rafael Rodríguez. Algunos observadores bien informados creen que el acuerdo con Castro se realizó en Sierra Maestra, antes de que el líder de la revolución tomara el poder, y que cada

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Americana

la conducta ulterior del mismo quedó determinada por ese pacto. Otros piensan que Castro pasó por un período de vacilaciones y dudas en los primeros meses de su régimen. Como quiera que sea, sus decisiones más importantes se tomaron en tal secreto y dentro de un grupo tan restringido que incluso antiguos miembros de su gobierno afirman no saber exactamente cuáles fueron sus compromisos y los motivos que los determinaron.

La historia interior del régimen de Castro sigue aún por explicar. De todos modos, sus líneas fundamentales resultan cada vez más claras. Fidel Castro —tan demagogo como idealista, tan aventurero como revolucionario, tan anarquista como comunista o cualquier otra cosa— se vio súbita e inesperadamente catapultado hacia el poder sin un partido, sin un ejército y sin un programa auténticos. Durante su lucha por el poder, no había expuesto Castro ninguna idea económica ni política original, manteniéndose dentro de los límites de una reforma y de un lenguaje democráticos tradicionales en Cuba. El líder cubano se distinguía de los demás enemigos de Batista fundamentalmente en la técnica que él quería emplear, en su fe en la lucha armada y en su deseo de organizarla. Pero, una vez que el poder estuvo en sus manos, se negó a permitir nada que pudiera disminuir o limitar ese poder. No quiso tolerar el funcionamiento de un gobierno que no fuera la simple fachada de su dominación personal o de un partido que pudiera desarrollar una vida propia e independiente. Su poder y sus promesas resultaban desde el principio incompatibles entre sí y esta contradicción le obligó a buscar una base para su régimen completamente distinta de aquella en que se fundó la revolución contra Batista. Castro no disponía ni de los cuadros disciplinados y experimentados, ni de la ideología, ni del apoyo internacional necesarios para desviar y orientar a su guisa una revolución ante los ojos de los espectadores. Únicamente los comunistas rusos y cubanos podían proporcionárselos. Habiendo en otro tiempo colaborado con Batista (en cuyo gobierno figuraron en determinada época Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez), a los comunistas cubanos les resultaba fácil colaborar con Fidel Castro. El « frente unido » de comunistas y fidelistas se encamina, como Guevara dio a entender recientemente en Moscú, hacia un « partido unitario » ; y si este proyecto cuaja en hechos, Fidel Castro pasará seguramente a la historia no como el líder máximo de un nuevo movimiento, sino como el « gracioso » de uno ya viejo. De todos modos, mientras los comunistas le necesiten por lo menos tanto como él los necesita a ellos, no pueden excluirse nuevas sorpresas ; la egolatría de Castro es capaz de darles a los comunistas tantos motivos de inquietud como les ha dado ya a muchos otros.

Cuando volví de Cuba, en la primavera de 1960, escribí : « Castro habló una vez de su revolución como de libertad con pan y sin terror. Si el líder cubano continúa su marcha con demasiado encarnizamiento, con demasiada rapidez y va demasiado lejos, es posible que Cuba tenga aún más terror, pero sin pan ni libertad (12). Por desdicha, mis temores más graves se han realizado y Fidel Castro ha dado a Cuba no una revolución nacional, sino una guerra civil internacional.

(12) Theodore Draper : « The Runaway Revolution », en *The Reporter*, 12 de mayo de 1960.

BIBLIOTECA NACIONAL
- 5 OCT. 1961
Secc. Control y Cat.

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1er)

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del co-
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	rresponsal de cada país.

CORRESPONSALES

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé Mitre 960, T.E. 25-6751.

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distribuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cía., Calle Comercio 125 - Librería Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones : Universal Bookstore, Mercado 68.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Librería Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía, Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Librería Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Librería Nacional Ltda., Carrera 43, nº 36-30. CUCUTA, Librería Zig-Zag, Calle 11, nº 4-20. POPAYAN, Instituto del Libro, Calle 5 A, nº 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

MEXICO
MEXICO D.F., Librería Ariel, Donceles 91 - Fundación Editorial « Beatriz de Silva », Calle Leandro Valle 20 D.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Librería Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206. Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1434 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta de Ibarras a Pelota, Edif. Cuenca, sótano (distribuidora).

Dir.-Gérant de la publication : R. FERRAND

A.E.P. n. 252, rue de Charenton, Paris-12e